



MINISTERIO CRISTIANO
<<Portavoces de Vida>>

EL EJEMPLO DE JESÚS EN LA VIDA CRISTIANA

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

JESÚS, EL BUEN PASTOR.....página 2

EJEMPLO DE AMOR A DIOS
EJEMPLO DE AMOR AL PRÓJIMO
EJEMPLO DE MISERICORDIA
EJEMPLO DE CONSEJERÍA
EJEMPLO DE TOLERANCIA
EJEMPLO DE COMUNIDAD

JESÚS, EL GRAN MAESTRO.....p. 14

EJEMPLO DE ENSEÑANZA
EJEMPLO DE EVANGELIZACIÓN
EJEMPLO DE AMOR A LA PALABRA
EJEMPLO DE SABIDURÍA
EJEMPLO DE AUTORIDAD

JESÚS, EL VERDADERO SIERVO.....p. 25

EJEMPLO DE ENTREGA
EJEMPLO DE COMPROMISO
EJEMPLO DE ABNEGACIÓN
EJEMPLO DE HUMILDAD

JESÚS, EL HIJO OBEDIENTE.....p. 32

EJEMPLO DE CONSAGRACIÓN
EJEMPLO DE INTEGRIDAD
EJEMPLO DE SANTIDAD

JESÚS, EL HOMBRE ESPIRITUAL.....p. 38

EJEMPLO DE ESPIRITUALIDAD
EJEMPLO DE ORACIÓN
EJEMPLO DE FE
EJEMPLO DE SENSIBILIDAD

JESÚS, EL SIERVO SUFRIENTE.....p. 45

EJEMPLO DE SENCILLEZ
EJEMPLO DE VALENTÍA
EJEMPLO DE DISCRECIÓN
EJEMPLO DE SUFRIMIENTO

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Todo cristiano que desee hacer honor a su distinguida posición, no debería de encontrar en Jesucristo solamente un profesor de quien aprender, sino principalmente un Maestro a quien fielmente seguir. **«El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo» (1 Jn. 2:6)**. Esta firme declaración bíblica, nos lleva a plantear las siguientes preguntas: ¿Cómo anduvo Jesús? ¿Cuál fue su ejemplo de vida? ¿Qué significó para nosotros el testimonio práctico de sus propias acciones?

Con la finalidad de ofrecer respuestas a estas preguntas tan cruciales, se hace obligatorio realizar una detenida reflexión sobre la vida y obra de Jesucristo, comenzando por considerar los interrogantes que nos dirijan a la comparación, desde un planteamiento humano, con el Jesús de la Biblia.

Efectivamente, para poder guiarnos en este mundo con sentido de la orientación, necesitamos modelos de referencia en los cuales fijar nuestra mirada. En este aspecto, la vida de Jesús representa el modelo paradigmático, digno de ser imitado por cualquiera que se identifique como *cristiano*.

Y para conseguir este propósito, es necesario obtener una imagen clara de la persona de Jesucristo, y de aquellos aspectos ejemplares que se revelaron en su forma de vivir. Éste, precisamente, es el reto que se nos presenta en las páginas siguientes.

Resulta evidente que la imagen que nuestro entorno cristiano posee del Jesús hombre, está gravemente desfigurada. Y si bien algunos creyentes, los más «ortodoxos», se contentan con buscar al Jesús histórico, siendo mero objeto de estudio académico y de marcada controversia, la mayoría está contemplando a un Jesús excesivamente triunfalista, que actúa solamente en una dimensión trascendental, pero que muy poco guarda relación con la vida cotidiana.

Podemos elucubrar al respecto, pero nuestro mundo cristiano sigue dos caminos perfectamente centralizados. Por un lado encontramos la *secularización* 1. de la Iglesia, y por el otro la súper *espiritualización irracional* de buena parte de ésta. Como consecuencia de tales extremos, se origina en muchos casos una grave deformación de la vida espiritual, y por ende de la conducta cristiana.

1 Secularización: entiéndase por la adaptación de la Iglesia a los valores de este mundo no cristiano.

Sea como fuere, en ocasiones formamos un Jesús a nuestra medida, a modo de «libro de bolsillo», dispuesto para ser utilizado en el ámbito religioso de nuestra original manera de concebir la existencia. Por este motivo, el remedio bíblico más eficaz para superar esta particular desviación, consiste en regresar a los principios genéricos y más fundamentales del Cristianismo, es decir, a la persona del Señor Jesucristo; aprendiendo así de sus enseñanzas, pero a la vez descubriendo también su extraordinaria manera de proceder en la vida.

A tenor de lo dicho, sabemos que el modelo de vida ejemplar que Jesús presentó, fue minuciosamente recopilado por sus discípulos y seguidamente plasmado por inspiración divina en las Sagradas Escrituras. Así, los autores bíblicos no redactaron solamente lo que Cristo enseñó, sino que también lograron registrar lo que *hizo*, con el propósito añadido de que todo cristiano pudiera imitarle en la relación de Maestro-discípulo: **«Dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1 P. 2:21)**.

Contrariamente a lo que podamos entender según nuestra cultura occidental, el proceso de aprendizaje de cualquier discípulo en aquel ambiente histórico, no consistía solamente en recibir las necesarias enseñanzas teóricas, sino que además debía seguirse el ejemplo del maestro, intentando ser como él e imitándole en su forma de actuar.

En esta línea de pensamiento bíblico, el evangelista Marcos recoge en su evangelio, con gran sensibilidad, la figura de un Jesús verdaderamente humilde, que en todo momento dispone su vida al servicio de los demás. Por tal razón ha sido seleccionado este documento bíblico, donde la personalidad del Jesús-hombre se describe con ejemplos visibles: en su relación con Dios y en especial con el prójimo, a través de su testimonio personal, esto es, el modelo de una vida plenamente consagrada, que si en algo se caracterizó fue, entre otras cosas, por ser esencialmente práctica.

Es cierto que no conseguiremos imitar los grandes milagros y las prerrogativas divinas que le correspondieron como Mesías escogido. Pero, aun siendo así, queda registrado en los evangelios una amplia lista de ejemplos prácticos que Jesús, en calidad de «humano», nos dejó para que también los humanos podamos aprender de él; incorporando no sólo la información teórica de aquellas enseñanzas que nos comunicó de forma verbal, sino además su excepcional modelo de vida.

La verdad debe salir a luz, porque nadie puede pretender ser un cristiano fiel, si primeramente no es seguidor de Jesucristo. Luego, para poner en práctica lo enunciado, nos interesa conocer el proceder de Jesús: su forma de hablar y manera de conducirse, así como sus reacciones, conducta, integridad y demás virtudes.

En definitiva, todo aquel que se denomine cristiano, y así no tenga presente los ejemplos aplicables del Maestro para poder seguirlos, se dará cuenta de que su vida cristiana difiere en gran manera de la propuesta bíblica que en su día pronunciara el fundador del Cristianismo.

**«Porque ejemplo os he dado, para que como
yo os he hecho, vosotros también hagáis».
(Juan 13:15)**

1. JESÚS, EL BUEN PASTOR

Todos los cristianos –nacidos de nuevo– alcanzamos a comprender, aunque limitadamente, que Jesús es Dios eterno y por lo tanto el buen Pastor, que no solamente ha tenido a bien salvarnos, sino que, trayendo a nuestra mente el salmo veintitrés, también nos guía a lugares de delicados pastos, recibiendo así un completo y satisfactorio bienestar espiritual. De tal manera, nuestra comunión con Jesús se ve reflejada en este símil: *la oveja que sigue a su pastor voluntariamente, porque en todo momento recibe de él la guía, el cuidado, y su protección celestial*. El Señor mismo declaró: **«Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen» (Jn. 10:27)**. Recordamos con agrado que todo aquel que ha disfrutado de la experiencia salvadora de Cristo, ha sido a la vez tomado por la mano del buen Pastor, e incorporado en el rebaño de Dios, esto es, la Iglesia de Jesucristo.

Ahora, sobre lo dicho, hacemos bien en preguntar: ¿Cómo actuó Jesús –en calidad de pastor humano– en su paso por este mundo? Veamos algún ejemplo.

EJEMPLO DE AMOR A DIOS

En primer lugar se hace inevitable valorar el gran amor que Jesús tuvo hacia su Padre celestial, dado que cumplió en obediencia absoluta con la perfecta Ley, y llevó a cabo, con toda humildad, las obras que Dios le había encomendado.

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón (fervientemente), y con toda tu alma (profundamente), y con toda tu mente (razonablemente), y con todas tus fuerzas (sacrificadamente). Éste es el principal mandamiento» (Mr. 12:30).

En respuesta a la petición del joven rico, Jesús utiliza el gran precepto bíblico para enfrentarlo con su propia insuficiencia. A saber, resulta imposible encontrar persona que haya cumplido íntegramente el citado mandamiento; y por esta razón tan sencilla, podemos afirmar que todos somos infractores delante de Dios. Solamente Jesucristo, en calidad de humano, cumplió el citado mandamiento a la perfección, siendo su ejemplo de amor y entrega a Dios un modelo para todo cristiano que aspire a seguirle fielmente.

Cierto es, la esencia del cristianismo se sustenta en el amor a Dios, y no existe otro valor más elevado que éste. Amar a Dios con el corazón, con la mente, con el alma, y con todas las fuerzas, es igual que amar a Dios sobre todas las cosas que pudieran ser susceptibles de nuestro amor. Con tal entrega voluntaria, el que ama a Dios está siguiendo a Cristo, y el que sigue a Cristo, es señal de que ama a Dios.

A partir de la idea expuesta, cabe precisar que es del todo impracticable amar a Dios – según el mandato bíblico– por iniciativa propia, puesto que si alguien posee verdadera capacidad para amar a Dios, es porque primeramente ha experimentado su amor y gracia abundante, proveyéndole al mismo tiempo de esa facultad tan especial.

Al igual que el mandamiento que hemos leído presidió la vida del Maestro, también éste debe ser la aspiración que gobierne la vida de todo discípulo suyo. Amar a Dios, al fin y al cabo, es una cuestión que atañe a la decisión propia de cada individuo. De esta forma, el cristiano que está verdaderamente determinado en servir a Dios, concediéndole la gloria que sólo Él merece, en cierta manera le está dando cumplimiento al mandamiento mencionado: **«Amarás al Señor tu Dios...».**

El buen Pastor indicó, en el ejemplo del joven rico, que el amor a Dios por sobre todas las cosas, es la base donde se sostiene el verdadero cristianismo. Si como hijos amados queremos cumplir con los designios de nuestro Padre celestial, no podemos poner otro fundamento, por cuanto la vida cristiana se centra en Dios mismo y en nuestro amor a Él, por encima incluso de cualquier obligación moral, religiosa o eclesial. Con esta predisposición, la voluntad de Dios debe constituir el único motivo y propósito en el corazón del seguidor de Cristo.

A la verdad, el gran amor de Jesús manifestado en la obediencia a la Ley, en el servicio hacia los demás, y finalmente en la entrega de su propia vida en la Cruz, demostró, a todas luces, el amor incondicional hacia su Padre celestial.

«¡Padre... aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, si no lo que tú!» (Mr. 14:36).

La imagen del Cristo sufriente en el huerto de Getsemaní, fue realmente descriptiva. Y la oración de Jesús al Padre, en aquellas circunstancias tan cruciales, parecía contener la sustancia de un amor llevado a la máxima expresión práctica: **«no lo que yo quiero, sino lo que tú».**

Pese a momentos tan angustiosos como los que refleja el texto bíblico, podemos imaginar la determinación de Jesús basada en su amor a Dios, y como consecuencia a la Humanidad perdida; apreciando, igualmente, que la ejecución de los designios divinos se situó por encima de sus intereses particulares, o inclusive de su propio bienestar personal.

Suponemos muy probable, por lo que deducimos del propio texto, que nuestro Señor se hubiera librado de los sufrimientos del Getsemaní si ése hubiera sido su deseo; como también

el tener que pasar por la Cruz. No parecen nada sorprendentes sus palabras: **«Aparta de mí esta copa»**, dado que en tal estado de adversidad, su propio cuerpo y alma se encontraban en dolorosa aflicción: la carga de nuestros pecados sobre su ser fue realmente difícil de soportar... No obstante, es maravilloso recordar que en aquellos instantes precisos nuestro buen Pastor pensaba en cada uno de nosotros: nuestra salvación eterna estaba en juego, y Jesús no podía fallar. Y para conseguir el perfecto cumplimiento de la voluntad del Padre, nuestro Señor debía proseguir con el programa diseñado por Dios en la eternidad, incluyendo los horribles sufrimientos que le causaría el pago de nuestros pecados.

Tomando el ejemplo de Jesús en el huerto de Getsemaní, admitimos con toda seguridad que el creyente también pasará por sus «getsemanís» particulares, aunque ciertamente no con la intensidad de sufrimiento que experimentó nuestro Maestro. Y tiene su razón de ser, porque es en los momentos de *prueba*, especialmente, donde se pone a *prueba* nuestro verdadero amor a Dios, y con ello nuestra decisión de aceptar o rechazar su voluntad.

Vista la enseñanza, consideremos que el *sufrimiento*, en sí mismo, no armoniza con el deseo procedente de Dios. Por ello, está en nuestra mano eliminar, en lo posible, las circunstancias adversas que aparezcan en la vida. Es completamente lícito, por tanto, el apartar toda situación de hostilidad que nos pueda sobrevenir.

Pero, ahora bien, en caso de no poder evitar cualquier situación de conflicto, reparemos en la voluntad especial de Dios para nosotros. Porque, si amamos a Dios, tendremos que cumplir con su programa establecido, por muy trágico que parezca, recibiendo con paciencia todos los sinsabores que la vida nos pueda proporcionar, y que Él mismo permite, por cuanto todas las cosas, como bien sabemos, se mantienen bajo su control. Y aunque ahora no alcancemos a comprender la magnitud de su voluntad para con nosotros, estamos completamente seguros de que si amamos a Dios, Él encamina todas las cosas para nuestro bien, como así lo hace constar fielmente la Sagrada Escritura.

Si debido a las pruebas estamos contemplando nuestra vida con pesimismo, tal vez sea porque la estamos mirando desde el punto de vista humano. Pero tendremos que pensar que Dios nos mira desde su gloria, sabiendo que aun desde la mayor aflicción, la fe del creyente se perfecciona y fortalece.

Aprendamos de nuestro buen Pastor, porque a pesar del grado de sufrimiento que alcanzó a experimentar, la expresión de su amor a Dios fue sin reservas, siendo a la vez el reflejo del amor que también manifestó al ser humano.

Así como lo hizo Jesús, aun en los momentos de máxima prueba, hagamos también nuestra la firme decisión: *amar a Dios sobre todas las cosas*.

Jesús es amor, y el que ama a Dios sigue a Jesús.

EJEMPLO DE AMOR AL PRÓJIMO

Si a lo largo de la historia de la Humanidad ha existido un claro ejemplo de amor a Dios, y de amor hacia el prójimo, ha sido sin lugar a dudas el de nuestro bondadoso Señor Jesucristo.

«Y salió Jesús (no permaneció recluido en un monasterio) **y vio una gran multitud** (es necesario una observación de nuestro contexto social), **y tuvo compasión de ellos** (a la acción le precede la misericordia), **porque eran como ovejas que no tenían pastor** (la realidad de nuestra Humanidad perdida, es que no tiene pastor); **y comenzó a enseñarles muchas cosas** (la labor para que vuelvan al rebaño es principalmente de guía pastoral)» (Mr. 6:34).

Aquí es preciso señalar que sólo el amor de Jesucristo es capaz de producir cambios radicales en nosotros, y también en los que nos rodean. Aquel que tiene a Cristo en su vida, y por lo tanto ha experimentado la compasión, está llamado, como resultado natural, a mostrar un corazón compasivo hacia los demás. Y, reflexionando sobre el versículo leído, ¿cómo pensamos que es la mejor manera de hacerlo? Pues como cita el texto: «**Y salió Jesús**» a buscar a las ovejas perdidas.

Sobre este ejemplo, advertimos que no todos los cristianos somos evangelistas. Pero, sin embargo, también es cierto que cada uno de nosotros estamos llamados, de una forma u otra, a dar testimonio de nuestra valiosa fe evangélica. De esta manera, la expresión del amor de Dios hacia nuestros semejantes se traduce, primordialmente, en el deseo de que los perdidos encuentren la Salvación.

La realidad es que gran parte de nuestra sociedad se halla extraviada del camino verdadero, y por ello necesita encontrar una guía que le oriente en la dirección correcta. Con tal vocación encauzaba su servicio nuestro buen Pastor. Y también admitimos que todos los cristianos, de alguna manera, deberíamos de colaborar en este preciado ministerio.

Según cita la Escritura Sagrada, la voluntad general de Dios reside en que el hombre venga al *conocimiento* de la Verdad. Y, como consecuencia, no podemos decir que amamos al prójimo y al mismo tiempo dejamos que ande desorientado, cual *barco* que se pierde a la deriva. Nos preguntamos, con cierta contradicción, por qué nos cuesta tanto dar testimonio de nuestra salvación, y asimismo indicar a los demás dónde se revela el camino que lleva a la vida. Tal vez ocurre que nuestro amor al prójimo esté mal orientado, o hayamos pasado por alto el visible ejemplo de Jesús.

Nuestro buen Pastor salió en busca de las ovejas perdidas para indicarles el camino... ¡hagamos nosotros lo mismo!

«...entre tanto que él despedía a la multitud (pastor cercano y accesible a la gente). Y después que los hubo despedido, se fue al monte a orar (labor de intercesión pastoral)» (Mr. 6:45,46).

Después del milagro de la multiplicación de los panes y los peces, los discípulos enseguida subieron a la barca, apresurados seguramente para ir a descansar. Al mismo tiempo, notamos que Jesús se quedó para despedir a la multitud, ofreciendo su cordial saludo en la despedida, y demostrando así su amor cálido y fraternal. A continuación, y como era habitual en él, se fue al monte a interceder en oración al Padre celestial: muestra de su verdadero interés por la multitud.

Volviendo a la enseñanza del texto, no olvidemos que el «saludo cordial» es el acto de inicio en la mayoría de las relaciones personales, donde va a depender, en gran medida, la impresión que los demás tengan de nosotros, y por consiguiente de nuestro testimonio cristiano.

Amor incondicional fue el que Jesús nos manifestó de forma clara y fehaciente. Ahora, entendamos bien el concepto de «amor a Dios», ya que el amor que no se muestra de manera horizontal (hacia los demás), es porque no contiene verticalidad (hacia Dios). Teniendo presente el modelo del buen Pastor, resulta una grave contradicción amar a Dios y a la vez ignorar a nuestro prójimo. Y si es cierto que el cristiano ama al prójimo, efectivamente tendrá que demostrarlo, así como también lo hizo Jesús.

Valoremos adecuadamente el concepto de *amor*, porque si éste se expresa solamente en la teoría, bien podemos asegurar que no es el verdadero amor de Dios. De hecho, no se puede concebir un cristianismo en el plano de la mística particular, sin que haya unas implicaciones de carácter social, donde nuestro amor al prójimo se evidencie de forma concreta. Aprendamos del ejemplo de Cristo, pues no existe manera mejor para comenzar a poner en práctica el

amor de Dios, que ofrecer mediante «el saludo» una prueba amable de nuestro afecto fraternal. No tenemos excusa alguna, el buen Pastor nos dio el ejemplo, y por lo tanto también todo discípulo de Jesús debe expresarse amigablemente, brindando sin reservas un trato afectuoso a los demás: **«él despedía a la multitud».**

Siguiendo el modelo bíblico, busquemos así el vínculo de cordialidad fraternal en las relaciones interpersonales, donde nuestra forma de expresión, agradable y cercana, muestre los valores fundamentales del Reino de Cristo.

La demostración de nuestro amor al prójimo, es la medida de nuestro amor a Dios.

EJEMPLO DE MISERICORDIA

La misericordia de Jesús por el ser humano se hizo patente a lo largo de su ministerio. Y ésta se expresó de una manera especial, a través de su compasión por los pobres, enfermos y marginados de la sociedad; característica esencial que describió el amor práctico de nuestro Señor.

«Y Jesús, teniendo misericordia de él...» (Mr. 1:41).

Esta frase señala la intención manifiesta con la que Jesús en todo momento realizó su cometido personal. En la porción bíblica en la que está enmarcada el texto, se nos presenta a un hombre afectado de lepra, que despertó la atención y compasión del buen Pastor. Tras el primer contacto, no tuvo por menos que aplicar su mano sanadora para curarle. Con éste y otros ejemplos de amor práctico, la labor pastoral de nuestro Señor se veía impregnada de gran bondad en todas y cada una de sus acciones.

Atendiendo a la condición de la verdadera obra de caridad, podemos afirmar que la actitud de misericordia primeramente se tiene (**«teniendo»**, hemos leído), es decir, se gesta primero en el corazón, y posteriormente se evidencia en la práctica.

Contrariamente a lo expuesto, deducimos de la compasiva actuación de Jesús, que todas las buenas obras hechas sin *misericordia*, se añaden a una larga lista de los que buscan solamente una «religión representativa». Esta clase de proceder puede hacer sentir bien a algunos, pero definitivamente está exenta de toda bendición espiritual para el que la practica.

Con el objeto de conservar el equilibrio espiritual, es preciso reconocer que el énfasis principal de nuestro ejercicio cristiano recae en el *ser*, y no tanto en el *hacer*, que mucho menos en el *tener*. El creyente misericordioso es capaz de actuar sobre la base de su propio estado interior, esto es, un corazón que ha logrado alcanzar la misericordia de Dios.

En el sentido opuesto se encuentran aquellos que pretenden realizar obras de misericordia, al mismo tiempo que su corazón carece de ella. Con esta errónea forma de obrar, no se consigue más que imitar a los religiosos de la época de Jesús, los cuales aun teniendo apariencia de piedad, estaban privados de todo amor y compasión, especialmente por causa de su orgullo espiritual.

El planteamiento de Jesús invita a una fe activa que obre a través del amor. Se requiere del discípulo de Cristo, pues, que sus actos de misericordia no sólo se deriven de una buena acción, sino en primer término de un verdadero espíritu compasivo. Así es como la *actitud* debe preceder a la *acción*.

Recalamos la enseñanza, señalando que toda legítima obra de caridad se asienta primero en el corazón, y luego se manifiesta en la práctica, según el modelo de Jesucristo.

«Tengo compasión (sentimiento de amor práctico) **de la gente** (no sólo de los amigos), **porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer** (también de pan vive el hombre...), **y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarían en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos** (gran percepción del buen Pastor)» (Mr. 8:2).

Como bien podemos apreciar, el mensaje de Jesús no quedó relegado a la expresión teórica. Su verdadero amor se tradujo en una preocupación sincera, no solamente por las necesidades *espirituales*, sino también y como debe ser, por las *físicas* o *materiales*.

Nuestro Señor dedicó su ministerio a pronunciar el mensaje del Evangelio, por el cual logramos la salvación eterna. Pero, además, no se olvidó de que el hombre tiene unas necesidades que cubrir en esta vida presente, y por tal razón también éstas quedaron reconocidas en su mensaje, así como en su ejemplo.

En efecto, la espiritualidad que contempla la vida cristiana como un simple elemento *devocional*, pero que escasea de principios aplicables a la vida *material*, no se conforma al modelo de Jesús.

Visto el asunto desde el ámbito de la fe práctica, procuremos también compartir los bienes materiales que poseemos, los cuales Dios por su gracia nos suministra temporalmente para que los administremos.

No pensemos de otra manera, porque mientras vivamos en este mundo existirán necesidades materiales (comer, vestir...) que inevitablemente deberemos atender. Adquirir una visión integral del Evangelio, nos ayudará a ser más sensibles con las necesidades de nuestro entorno, y de tal forma, en la medida de nuestras posibilidades, nos veremos impulsados a compartir con aquellos que más lo precisan.

Ahora, razonemos profundamente, porque como señalábamos en el apartado anterior, las obras de carácter material que no se acompañan de misericordia, no constituyen «ofrenda aceptable» delante de Dios. Como también ocurrió en aquellos tiempos, a veces las buenas obras pueden encubrir motivaciones egoístas, las cuales se adaptan a una especie de «humanismo religioso» que muy poco se relaciona con el sentir de nuestro buen Pastor. La falsa religión siempre busca algún interés personal, mientras que Jesús mostró su amor de una forma completamente desinteresada.

Por lo visto, si nuestro piadoso Señor se movió a compasión por las necesidades materiales de aquellos que le seguían, entonces, ¿cuáles son nuestras motivaciones personales en el servicio a Dios?

«Entonces, tomando la mano del ciego (cercanía para con el necesitado), **le sacó** (atención personalizada) **fuera de la aldea** (a veces es necesario las relaciones interpersonales fuera del bullicio de la ciudad)» (Mr. 8:23).

La ceguera física, representada en la Biblia, es símbolo de la oscuridad espiritual en la que nuestro mundo se encuentra inmerso. El efecto del pecado, que radica en el corazón del ser humano, ha derivado en consecuencias verdaderamente trágicas; y no son éstas sólo enfermedad o muerte, sino también muchas clases de desórdenes espirituales... Pero, Jesús, como buen pastor que fue, no se mantuvo al margen de los nefastos resultados que el pecado trajo a la Humanidad. Por medio del servicio que realizó, Jesucristo afrontó con preocupación los problemas del ser humano, y de una manera personalizada, sobre todo para con el más necesitado.

Observemos con detenimiento el momento tan gráfico, en el cual nuestro Señor toma la mano del ciego y lo conduce fuera de la aldea, entablando así una relación personal con él. Contemplamos cómo Jesús acompaña al necesitado en el camino de la restauración, ofreciendo de esta manera la guía y atención necesaria.

Podemos destacar, en esta escena, que cuando nuestro Señor realizó su labor de pastor, no lo hizo «en la distancia», sino más bien acompañando al individuo en la resolución de sus conflictos: **«tomando la mano»**. Y al igual que hizo el Maestro, ninguno de nosotros deberíamos distanciarnos de aquellas personas que nos necesitan. Cabe aquí una comprensión adecuada del tema, pues el *contacto personal* es indispensable en la relación práctica de amor hacia nuestros semejantes.

Todo discípulo de Cristo, como pastor de las ovejas que habitan perdidas en este mundo, y lejos de distanciamientos profesionalizados, hará bien en tomar de la mano al necesitado e iniciar un contacto personal, para que así como ocurrió en la experiencia de aquel invidente, la vida de muchos pueda llegar a ser plenamente restaurada.

Cualquier ocasión de hacer un bien al prójimo, no se repetirá dos veces. Aprovechemos, por consiguiente, toda oportunidad que nos pueda surgir, bien sea en la iglesia local, en las reuniones particulares, en el camino a casa, en el trabajo, o en todo lugar donde aparezca la ocasión, para demostrar que nuestro cristianismo no consiste simplemente en conocer muy bien la *doctrina*, sino fundamentalmente en seguir el *ejemplo* de Cristo.

Si en verdad estamos siendo guiados por la mano del buen Pastor, ¿cómo podremos dejar de ofrecer nuestra mano amiga a aquel que más lo necesita?

El verdadero amor se compadece de la desgracia ajena.

EJEMPLO DE CONSEJERÍA

El trabajo de *consejería* (sanar el alma) es cada vez más requerido en nuestro ámbito evangélico, por cuanto hoy no se suelen tener muy presentes los valores pastorales, que en buena medida atañe a todo cristiano.

Aprender, por tanto, de cómo Jesús aplicó una consejería bíblica, es buena medida para no extraviar el servicio pastoral que, de una manera u otra, todos los fieles seguidores de Jesús deben realizar.

«Tened ánimo (animar); **yo soy** (la presencia de Jesús), **no temáis** (la seguridad de su poder)» (Mr. 6:50).

Traigamos por un momento a nuestra mente la imagen de Jesús caminando sobre el mar, en acto de sobrenaturalidad. Entre tanto, sus discípulos, viendo la espectacular escena en riguroso directo, llegaron a imaginar que aquél que andaba sobre el mar, no podía ser más que un fantasma...

Igualmente, varios de los desarreglos psicológicos que se producen en nuestra mente y corazón, con los temores correspondientes, en ocasiones obedecen a interpretaciones erróneas de los acontecimientos que nos rodean. El producto de una equivocada interpretación fue, precisamente, lo que provocó el particular sobresalto en el corazón de los discípulos. Discurramos, pues, acerca de la manera como el buen Pastor trató este problema.

Aunque bien podríamos pasar por alto las reacciones equivocadas de aquellos seguidores de Jesús, no obstante la respuesta del Maestro contenida en el texto leído, llama vigorosamente nuestra atención. Valoremos adecuadamente la actitud de nuestro Señor, porque a pesar de las primeras impresiones de sus discípulos, y del natural dictamen que habían realizado en su mente (Jesús parecía ser un fantasma), nos percatamos de que ningún reproche salió de su boca; parece ser lo contrario, palabras de ánimo llegaron al corazón de los aterrorizados discípulos: **«tened ánimo»**.

La presencia de Jesús llega a sus corazones como garantía de tranquilidad y fuente de consuelo. Lejos de ver fantasmas por doquier, el buen Pastor les ayuda a estar seguros de su poder y autoridad.

Tomando dicho patrón cristiano, también podemos sostener la enseñanza de que ser *consejero* no consiste sólo en *dar buenos consejos*. La consejería también va orientada a proveer, a todo aquel que lo necesite, de una visión apropiada de la persona y obra de Cristo. Dicho esto, es preciso adquirir una comprensión profunda y a la vez real (no fantasmagórica) de quién es Jesús y de qué manera interviene en nuestra vida, para poder cobrar ánimo y dejar fuera el temor que produzca cualquier acontecimiento sombrío.

Un buen consejero cristiano, por consiguiente, colabora en la sanidad del alma; y entre otros métodos utilizados, el más importante consiste en proporcionar una perspectiva adecuada del poder de Jesús, procurando reorientar la vida espiritual del necesitado hacia una correcta relación con Dios, según el modelo de Cristo. Con este procedimiento se consigue que el temor disminuya, y se ayuda a resolver en cierta medida todo conflicto psíquico o espiritual; acudiendo, naturalmente, a la seguridad que otorga la Palabra divina, y recibiendo el sano equilibrio que en todo momento nos ofrece.

Las palabras de gracia que el buen Pastor pronunció, fueron las de un consejero maravillosamente comprensivo, que supo escuchar, animar, y proveer de la suave y bienhechora presencia espiritual, trayendo a la persona el consuelo del alma, que por otro lado, y en momentos precisos, todos vamos a seguir necesitando de forma especial.

Así como lo expresó el Maestro, seamos también comprensivos con aquellos que suelen ver «fantasmas» a su alrededor, y como resultado viven en constante temor; considerando, en cualquier caso, el estado deficiente de nuestra propia debilidad humana.

Es muy probable que a lo largo de nuestra vida aparezcan supuestos fantasmas (circunstancias y personas varias) que inquieten nuestra armonía interior. Si bien, nuestra labor de consejería consiste en recordar a aquellos asustadizos hermanos en la fe, que el buen Padre celestial se halla en control de todas las cosas, y por consecuencia no deben verse fantasmas donde en realidad está la presencia de Jesús, el buen Pastor.

«Iban por el camino subiendo a Jerusalén; y Jesús iba delante...» (Mr. 10:32).

La expresión que encontramos en el texto: «**iba delante**», a simple vista podría carecer de significado. Sin embargo, parece inevitable descubrir el ejemplo del buen consejero, que no va delante sólo por ser pastor, maestro o líder, sino esencialmente por la disposición que en todo momento mantuvo en su servicio al prójimo.

Visualizando la escena bíblica, apreciamos que los discípulos de Jesús iban por el camino hacia Jerusalén, seguramente pendientes de lo que hacía el Maestro; mientras que Jesús va delante de ellos dando ejemplo de completa disponibilidad, como debe ser propio del buen consejero.

Atendamos a la enseñanza, porque aunque Jesús tenía alma de líder, nunca expresó su espiritualidad situándose por encima de los demás a modo de conquistador, sino que como venimos señalando, fue más bien delante a modo de *siervo*. Aquí debemos recordar que en aquel tiempo, ir delante del grupo en un camino situado a las afueras de Jerusalén, suponía exponerse el primero a todos los peligros: ladrones, animales fieros, obstáculos en el terreno, y demás dificultades que pudieran aparecer en el camino.

Debemos aprender del buen Pastor, el cual tomó la iniciativa para ir delante... A veces, dar el primer paso en el servicio, constituye buen remedio para no quedar rezagados en el desarrollo de nuestra vida cristiana. Es verdad, no sirve de mucho una enseñanza que no alcancemos a cumplirla nosotros primero, puesto que los demás apreciarán sobre todo el ejemplo práctico en las decisiones, y no tanto nuestras bonitas palabras.

Recibamos el ejemplo de Jesús como buen consejero, porque si él acompañó a sus discípulos yendo delante en el camino, también nosotros, como seguidores del Maestro, debemos marchar junto a nuestros hermanos en la fe con la firme disposición de adelantarnos... sobre todo en lo que a servicio se refiere.

Al igual que en las guerras de la antigüedad, podemos pensar que el devenir de nuestro cristianismo se asemeja mucho a una batalla. Y en tal batalla nadie, por muy líder que sea, debe quedarse en la retaguardia. Ejemplo contrario es presentado en el modelo de Cristo. Cuanto mayor posición o cargo espiritual, mayor también será la responsabilidad en tomar la espada, y a modo de soldado valiente, avanzar delante de las tropas para luchar contra el enemigo.

Igualmente el ejemplo es para todos. Un paso adelante en la llamada voluntaria de cualquier soldado, es señal de valentía, disposición y cumplimiento del deber. Si Jesús tomó la iniciativa, ¿por qué no hacemos nosotros lo mismo y vamos también delante en el servicio de nuestros hermanos?

Si Jesús va delante, no hay nada que temer.

EJEMPLO DE TOLERANCIA

No cabe la menor duda de que tenemos un Pastor benévolo y condescendiente, que a la verdad nos soporta más allá de los límites de nuestra impaciencia. Y no podría ser para menos, pues su corazón compasivo y lleno de amor le lleva a comprender, en su verdadera dimensión, la grave tragedia de nuestra insuficiencia humana.

«Ellos le dijeron (Jacobo y Juan): *Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda* (las pretensiones de los discípulos no podían ser más claras). *Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís...» (Mr. 10:37,38).*

Si observamos con atención la escena bíblica, suponemos que estos discípulos querían asegurar su gloria en el Reino futuro. Y para conseguir este objetivo, pensaron que lo mejor que podían hacer era pedírselo directamente al Rey... Bien podía haberse enfadado Jesús con ellos, debido a sus mezquinas intenciones. A pesar de todo, sabiendo que no habían entendido nada, o muy poco de lo que hasta entonces les había enseñado acerca del *servicio*, Jesús mantuvo la calma y en ningún momento se dejó llevar por un espíritu de crispación, rabia o descontento.

La paciencia de nuestro Señor se puso a prueba, porque el llamado «tráfico de influencias» no estaba previsto en su ministerio. De hecho les podía haber reprendido duramente por su actitud egocéntrica. Antes bien, nuestro buen Pastor, siempre paciente, entendía como nadie la enorme fragilidad del ser humano.

Atendiendo a la propia ignorancia de los atrevidos discípulos, Jesús les hizo ver su craso error: **«No sabéis lo que pedís»**. Y a continuación les recordó su fórmula cristiana acerca del servicio: *aquel que quiera ser el primero (en el Reino futuro), deberá ser el último y el siervo de todos (en el Reino presente)*.

En contra del modelo presentado, resulta curioso descubrir que una sociedad cada vez más tolerante con el pecado, es proporcionalmente menos tolerante con las personas que lo cometen. Encontramos un claro ejemplo en los matrimonios, donde al parecer hoy no se soporta en lo más mínimo las deficiencias conyugales, siendo la *intolerancia* una de las mayores causas de divorcio. La verdad es que cada vez somos más indulgentes con el pecado, pero al mismo tiempo y paradójicamente, más intransigentes con las personas.

Con espíritu reflexivo debemos adentrarnos en nuestro mundo interior, para comprender la extrema inconsistencia del ser humano, que por causa del pecado estropeó gravemente su naturaleza física y espiritual.

Sirva, entonces, el ejemplo de nuestro paciente Señor, para que usemos la máxima tolerancia con el prójimo, por lo menos, si cabe, para no alterar nuestra paciencia; consiguiendo exponer así, con sabia enseñanza, el error en el que muchos se encuentran: **«no sabéis lo que pedís»**.

«También los que estaban crucificados con él le injuriaban» (Mr. 15:32).

Si realizamos mentalmente un salto en el tiempo, nos situamos históricamente en los momentos de la crucifixión. Y contemplamos entonces un suceso que nos conmueve profundamente, cuando observamos que incluso los que estaban crucificados juntamente con Jesús, se atrevían a insultarle, ofendiendo sin consideración alguna a Aquel que entregaba su vida por ellos.

En aquellos extraordinarios momentos, nuestro Señor estaba soportando los horrores del castigo divino por causa de nuestros pecados... Y, admirablemente, fue en esos instantes de máximo sufrimiento, donde el buen Pastor continuó revelando su gran compasión por el prójimo, incluyendo a los mismos verdugos que le llevaron a la cruz.

No nos llamemos a engaño, puesto que en el periodo de sufrimiento es cuando la prueba resulta más difícil de soportar; es cuando el gozo se ve empañado por nuestros sentimientos, la paciencia es puesta al límite, la fe es probada al extremo, y nuestra fidelidad a Dios resulta más difícil de mantener. Tampoco nos asombre ver a ciertos individuos que, en situaciones de incomodidad, no paran de quejarse por todo; impacientes por las contrariedades de la vida, guardan gran resentimiento, ya que solamente ellos sufren (y de manera injusta porque al parecer no lo merecen), adoptando en ocasiones una actitud de queja contra Dios, y manteniendo como resultado una postura intolerante hacia los demás.

Mantengamos buen juicio en lo que a nuestra vida cristiana afecta, porque pese a las circunstancias hostiles que pudieran sobrevenir, no tenemos causa alguna para quejarnos, y si motivos sobrantes por los que dar gracias a Dios.

De igual forma que Jesús lo hizo, debemos mostrar paciencia, tolerancia y respeto con los demás, aun con aquellos que nos rechazan o increpan. Es cierto, amar cuando estamos pasando por momentos de bienestar, no tiene demasiado mérito. Sin embargo, amar a nuestros enemigos, incluso en momentos de máxima aflicción, sitúa al discípulo de Cristo en un plano muy superior respecto a las virtudes más excelsas que nuestro mundo pudiese mostrar.

Que nuestra oración sea: ¡gracias Dios por tu tolerancia y paciencia para conmigo! ¡Ayúdame a ser paciente, y a poder asumir las pruebas con serenidad! ¡Y concédeme un amor sobrenatural para amar a mis enemigos, aunque sea en los momentos de máxima desdicha!

¿Qué pastor da su vida por las ovejas? Solamente podría ser nuestro Pastor amado: el Señor Jesús.

La tolerancia es siempre amiga de la comprensión.

EJEMPLO DE COMUNIÓN

El ministerio de Jesús se destacó además por el significado tan especial que le otorgó a la *comunidad* de hermanos. Con este pensamiento deseó practicar siempre y en todo lugar la «comunidad fraternal» con sus discípulos, y también con todos aquellos que deseaban seguirle.

«Y estableció a doce, para que estuviesen con él (la verdadera comunión con Jesús), y para enviarlos a predicar (resultado ministerial de haber estado con Jesús)» (Mr. 3:14).

Como indica el texto bíblico, nuestro Señor apreció en gran manera la colaboración ministerial, y no pretendió realizar una labor en solitario. Con esta intención, esencialmente, estableció a doce discípulos para que fueran un ejemplo de comunidad, donde el amor cristiano pudiera tomar la forma personal y colectiva, en el modelo de Jesús y a través de la comunión con él.

Abordando el tema de la *comunidad*, no podemos pasar por alto el individualismo atroz que hallamos en nuestro mundo presente, el cual ha provocado un fatal distanciamiento de los unos con los otros, repercutiendo negativamente en la unidad espiritual y práctica que la iglesia debe guardar. Por ello es preciso recordar una vez más que, como discípulos, nuestro ideal no se encuentra en la sociedad individualista en la que vivimos, sino que como ya venimos resaltando, se halla en el modelo de Cristo: **«para que estuviesen con él».**

Es verdad que el individuo y la comunidad se interrelacionan mutuamente, por lo que el uno se beneficia del otro. En este sentido, la Escritura explica el presente concepto, haciéndonos saber que todos los creyentes formamos parte del Cuerpo de Cristo, y por ende todos los miembros deben funcionar con cierta dependencia. La analogía es obtenida del propio cuerpo humano. Pensemos por un momento la horrenda imagen que mostraría un cuerpo cuyos miembros se articulasen independientes y sin coordinación alguna...

Aceptamos que la espiritualidad contiene un alcance entre Dios y el ser humano como individuo, y efectivamente esta relación es insustituible. Pero no nos olvidemos de que vivimos en una sociedad, y por tal razón adquirimos una responsabilidad en cuanto a las personas que nos rodean. Por ello, el modelo de cristianismo que Jesús instauró, se administra positivamente en la medida que éste contiene una dimensión comunitaria.

Por lo general, descubrimos en la Escritura que las figuras de la vida cristiana se conciben casi siempre en forma colectiva. Así, y no de otra forma, le ha placido a Dios escoger no a un individuo, sino a un pueblo.

Practicar la comunión fraternal entre los hermanos, como Jesús nos enseñó, parece ser la base de un cristianismo que no se limita a los cultos dominicales, sino que se integra en la vida cotidiana, donde en unidad se consigue dar forma a los principios colectivos del reino de Dios. Definitivamente, es en la *comunidad* de hermanos, incluida la iglesia local, donde en buena medida debe ponerse en práctica el modelo de Jesús.

Ahora bien, a tenor de lo expresado en la mención bíblica, podemos afirmar que la comunión entre los hermanos tiene sentido en tanto que nuestra comunión con Jesús es verdadera. Hemos leído que el objetivo principal se cumple primero en la comunión con el Maestro: **«para que estuviesen con él».** Así, pues, deducimos que la relación efectiva con los demás cristianos, resulta del efecto natural de nuestra buena relación con Jesús.

Ante la enseñanza presentada, reconozcamos el valor de nuestras relaciones personales, porque si nuestra comunión con los demás es deficiente, ¿en qué lugar se halla nuestra comunión con Dios?

«Él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre (su verdadera familia)» (Mr. 3:33-35).

Como en otros textos, también aquí se hace necesario introducirnos en el ambiente del pasaje, para notar que la familia de Jesús estaba buscándole. Y ante las indicaciones de las

personas, la propuesta del Maestro se formuló en forma de pregunta y respuesta, conteniendo un enfoque comunitario eminentemente espiritual: **«¿Quién es mi madre y mis hermanos?»**.

Pensemos que en el orden de una sociedad tan patriarcal como la de entonces, el proyecto de Jesús fue destacadamente revolucionario. Enfrentarse con las costumbres propias de la época, no fue fácil para Jesús. Pese a todo, fue un hombre dotado de gran valentía. Su mensaje rompió los moldes establecidos, cuestionando la relativa seguridad que pudiera proporcionar los lazos familiares, cuando éstos contrastaban con la seguridad eterna que a la verdad sólo nuestro Dios puede ofrecer.

Jesús viene a instituir una renovada categoría en las relaciones personales y familiares. Y es así como la posición de igualdad que el buen Pastor otorga a todos, sin diferencia de castas, preferencias familiares o jerarquías impuestas, se hizo patente en sus tajantes declaraciones. Verdad es, en el Reino que pertenece a Dios no debe haber tratos de favoritismo, pues todos somos iguales delante de Él.

La idea que Jesús comunicó a sus conciudadanos, quedó luego confirmada por sus apóstoles a través de los escritos del Nuevo Testamento. En éste se aclara que la persona convertida a Dios pertenece exclusivamente a Él, al tiempo que obtiene una nueva y gloriosa identidad espiritual, existiendo como miembro de una sola familia: la familia de la fe.

Si bien la afirmación de Jesús tiene todo el peso de la verdad, no debemos menospreciar en ninguna manera a la familia en la carne, naturalmente. En este asunto, la diferencia se halla cuando discernimos que los valores que ha recibido el discípulo de Cristo, corresponden a un plano muy superior que los de la tierra.

Al mismo tiempo, el texto bíblico que hemos leído nos enseña que la «comunidad espiritual» se hace solamente posible con aquellos que forman parte de la familia de Dios (los que hacen su voluntad). Así, la comunión cristiana tiene su razón de ser en los hijos de Dios, y no haremos bien en buscar la seguridad completa, sea temporal o eterna, en los lazos terrenales de nuestra familia carnal.

Examinemos nuestra actitud para con Dios, y preguntémonos si nuestros intereses personales o familiares, se están situando por encima de los intereses del Reino de los cielos: **«¿Quién es mi madre y mis hermanos?»**.

«Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos» (Mr. 9:2).

Si bien decíamos que Jesús no ofreció tratos de favoritismo, la verdad es que fueron distintos los niveles de relación que mantuvo con sus discípulos. En este capítulo, reconocemos que Jesús escogió a tres y no a todos los discípulos, con el fin de compartir la experiencia de la transfiguración.

Para obtener una opinión correcta sobre el tema, tal vez podemos hacernos las siguientes preguntas: ¿Necesitó Jesús a tres discípulos para subir al monte y vivir esa trascendental experiencia? Recapacitando con lógica, creemos que no. ¿Para qué lo hizo entonces? ¿para impresionarlos? Estamos seguros de que tampoco fue éste el propósito de aquella sobrenatural manifestación.

Siguiendo el estilo de vida de nuestro Señor, percibimos que el anhelo de su corazón fue siempre el de *compartir*. Por esta razón quiso hacer partícipe a sus discípulos más íntimos de aquella maravillosa experiencia de bendición.

Tal ejemplo es de particular valor para nosotros, ya que corresponde al discípulo buscar la edificación espiritual del prójimo, y no guardar en el «cuarto trastero» las experiencias que se devienen de la relación con la Palabra divina. Por lo cual, estamos llamados a compartir con otros nuestras vivencias espirituales, así como las varias bendiciones que hemos recibido de parte de Dios.

Fijemos bien nuestra atención en el modelo bíblico, porque Jesús muestra su cercanía como pastor, pero también como amigo. De igual forma hemos de aprender a *compartir* con nuestros hermanos, desde la amistad, tanto las bendiciones físicas como las espirituales, procurando en todo momento su bienestar personal.

Por otra parte, visto el modelo de Jesús (escogió a tres discípulos), no pretendamos mantener un mismo nivel de comunión con todos: ello sería una imprudencia, puesto que las personas se relacionan por su grado de afinidad, debido a sus distintos caracteres, edades, cultura, y demás factores que influyen decisivamente en el trato personal: **«y los llevó aparte solos»**.

En conclusión, según hemos contemplado en el ejemplo de Cristo, debemos seguir luchando para reavivar el espíritu comunitario, en contra del espíritu individualista que, la verdad sea dicha, sigue residiendo plácidamente en muchas de nuestras congregaciones.

Lo que nos acerca a Jesús es hacer su voluntad, no el parentesco.

2. JESÚS, EL GRAN MAESTRO

Pese a las diversas opiniones que se pudieran aportar sobre los métodos instructivos del Señor Jesús, lo cierto es que fue por excelencia el gran Maestro, que ningún maestro a lo largo de la Historia ha logrado superar: en su forma de enseñanza, en sus dotes didácticas, en su trato con los demás, en sus ejemplos claros y prácticos... De tal manera, su doctrina fácil y comprensible poseía un alcance universal, y a la vez cautivaba el corazón de todo aquel que se prestaba a escucharle con atención. Sin duda, el modelo de Cristo en esta materia es digno de imitar.

Son muchos los cristianos que aceptan a Jesús como el Maestro. Aunque, si bien, admitamos que esta afirmación tendrá sentido siempre y cuando nosotros seamos sus discípulos. Con esta idea, deberemos tener presente que para poder ser discípulos de Jesús, se requiere cumplir con ciertas condiciones que, no obstante, él mismo estableció en su Palabra: **«Si alguno viene a mí, y no aborrece (pone en un segundo lugar –o posición inferior–) a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo... Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo... Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14:26,27,33).**

Comprendamos con equilibrio el texto leído, porque el llamamiento de Jesús al discipulado no consiste en el desprecio de nuestros congéneres, ni tampoco en el desprendimiento de grandes o pequeñas posesiones, o rechazo de nuestras propias personas... Pero, ahora bien, para ser discípulo de Jesús, se ha de tener una completa disposición del corazón, donde no se hallen obstáculos que puedan interferir en el proceso de discipulado, ya sean éstos familiares, personales, o circunstanciales. De esta forma, todo nuestro ser (alma y cuerpo), posesiones materiales, así como nuestras relaciones personales o familiares, deben quedar supeditadas a la voluntad del Maestro.

Aquí, las condiciones prescritas son establecidas no porque Jesús mande y nosotros obedezcamos (aunque en cierto sentido sea así), sino precisamente porque él representa el Modelo que debemos seguir. El cristiano no es discípulo solamente por ser obediente (entiéndase la idea), sino que lo es naturalmente en la medida que imita a su Maestro.

EJEMPLO EN LA ENSEÑANZA

El ejercicio del oficio profético y pedagógico, formó parte sustancial del ministerio de Jesús, realizado tanto de modo verbal, como a través de su propia vida ejemplar.

«...y de nuevo les enseñaba como solía (era la costumbre)» (Mr. 10:1).

Es preciso destacar la importancia que tuvo la *enseñanza* en el ministerio del Maestro. Por lo que podemos apreciar en los evangelios, pasaba mucho tiempo enseñando; no siendo para él una tarea inconstante, o un trabajo de carácter irregular, sino parte de un proceso permanente a lo largo de todo su ministerio.

La costumbre de Jesús era instruir y educar, y no tan solamente de forma oficial en las sinagogas, en las convocatorias al aire libre, o en las reuniones realizadas a tal efecto. Su manera natural de vivir transmitía una sabia y constante enseñanza, la cual se producía con un talante abierto y espontáneo: en las conversaciones mantenidas, en las respuestas a las preguntas que le formulaban, en las valoraciones sobre los aspectos terrenales y celestiales, y demás consideraciones que constituían los capítulos de la vida cotidiana. Y así como Jesús lo hizo, también los cristianos debemos aprender que la enseñanza ha de expresarse de una forma natural a través de la propia vida: **«les enseñaba como solía».**

Evidentemente la efectividad de todo testimonio cristiano se sujetará en gran parte a la formación del discípulo de Cristo, a su madurez espiritual, preparación bíblica, y demás virtudes que le conferirá la conveniente calidad. Pero, por sobre todo, concluimos en que la eficacia del ministerio dependerá esencialmente de nuestra adecuada relación con Dios.

Para seguir fielmente el ejemplo visto, también se requiere de una disposición real de amor hacia los demás, donde la búsqueda del bien ajeno marque la diferencia entre un cristianismo teórico y práctico. Visto el modelo general de nuestro Maestro, no es válida una enseñanza fría e insensible a las necesidades del corazón humano. Por tal motivo, la imagen que los demás tengan de Jesucristo, será en cierta medida la imagen que como discípulos logremos comunicarles.

No hay otro camino, no lo busquemos. Para no andar confundidos por este mundo, necesitamos la Palabra de Jesús, que no solamente deberemos aprender y transmitir con nuestros labios, sino que también, que es lo más importante, con nuestra manera de vivir el testimonio diario.

Observemos, pues, el desarrollo de nuestra comunicación, porque si Jesús *les enseñaba*... ¿no debería de constituir igualmente nuestra vida diaria una constante enseñanza?

«Y se admiraban (reacción lógica de la gente) de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mr. 1:21,22).

Dos enseñanzas básicas encontramos en el texto. La primera: que aquellos que le escuchaban, se admiraban. Y la segunda: que enseñaba con autoridad.

La manera de hablar del Maestro, el rico contenido de sus palabras, su mensaje asombroso y fascinante, logró penetrar en lo más profundo del alma, llegando a las necesidades más existenciales del espíritu humano. Por ello, resulta comprensible que su extraordinaria predicación, tanto en su fondo como en sus formas, consiguiera cautivar el corazón de los allí presentes. No parecía nada sorprendente, pues, que muchos quedaran maravillados de su doctrina. Notamos que el mensaje de Jesús, lleno de sentido y propósito, imprimía los valores de la autenticidad, procurando no solamente informar, sino llenar de fe, aliento y esperanza, el corazón vacío de todo aquel que se disponía a escucharle con interés: **«Y se admiraban».**

Apreciamos cómo el Maestro no enseñaba solamente con palabras, sino que a la vez también vivía lo que enseñaba; pensamiento que venimos resaltando en el ministerio de Cristo. Y creemos que ésta era la fuerza de su mensaje, que respaldado por una vida ejemplar y apoyado por la antigua Escritura, consiguió mostrar la *autoridad* de sus dichos, la cual no fue impuesta por la religión del momento, sino delegada por Dios mismo.

Comprendamos igualmente el propósito didáctico de Jesús, porque el valor de la enseñanza no solamente se plantea para la *vida eterna*, sino también para la *vida diaria*. Con esta aspiración debemos preguntarnos si realmente el efecto de nuestra comunicación resulta ser constructiva para los oyentes, o por el contrario estamos divulgando un mensaje carente de sentido práctico. Es verdad, a veces cometemos el error de pronunciar mensajes de complicada argumentación evangélica, que al fin y al cabo no enseñan nada, o por lo menos nada claro. En cambio, la enorme sencillez de Jesús y su gran sabiduría, se conjugaban de tal manera que la enseñanza resultaba rica y en buena medida práctica. Ejemplo nada desdeñable para poder imitar.

Es preciso detener nuestra mirada en el proceder del Maestro, porque si es cierto que su predicación causó la admiración de los oyentes, ¿por qué, entonces, los mensajes de hoy parecen despertar tan poco interés?

«...Y gran multitud del pueblo le oía de buena gana» (Mr. 12:37).

Parece oportuno pensar que esta declaración bíblica quisiera verse cumplida en el ministerio de cualquier predicador, enseñador o evangelista. Sin embargo, la apreciación que existe en gran parte de nuestro mundo cristiano, viene siendo la contraria.

Siguiendo las propuestas didácticas de Jesús, distinguimos que no fueron en ningún modo superficiales, dado que supo compatibilizar la *sencillez* de expresión con la *profundidad* de pensamiento, comunicando de esta forma lecciones espirituales y a la vez provechosas. Su mensaje claro y directo confrontaba a cualquier persona, por muy religiosa que fuese, con la verdad absoluta, desnudando su alma y sentándola frente a Dios; y haciendo que cada uno, en forma particular, realizara su propia decisión personal.

No resulta extraña la indicación del evangelista Marcos, puesto que Jesús proclamó una enseñanza que en manera alguna pasó inadvertida. Enseguida las palabras del Maestro se convirtieron en suave bálsamo para el corazón atribulado, fortaleza para el cansado, luz para el confundido, guía para el desorientado, así como aliento y esperanza para todo corazón triste y desalentado... **«Le oía de buena gana».**

Meditemos sobre el presente ejemplo, comparativo a la realidad de nuestro cristianismo contemporáneo. En este punto, ocurre que nuestro mundo cristiano no tiene hambre de la Palabra de Dios. Al parecer una especie de «empacho» ha logrado hastiar el corazón de los asistentes a la iglesia, y son muchos los que han perdido el deseo por las cosas espirituales. Pero lo peor de todo es que, por lo común, la enseñanza de los líderes o enseñadores no logra estimular en lo más mínimo el apetito de la gran masa de creyentes que viven con esa permanente carencia de alimento espiritual.

No fue así en la manera de enseñar del Maestro, la cual despertó, por un lado, las ganas de probar el alimento que «a vida eterna permanece», y por el otro, consiguió saciar el voraz apetito espiritual de aquellos que con ávido deseo buscaban el sentido trascendente a su desdichada vida. Podemos pensar, además, que hubo buena parte de esa multitud que escuchó las palabras del Maestro, pero mantuvieron a la vez su corazón cerrado al mensaje. Con todo, la mayoría le oía de buena gana, pese a que la respuesta de muchos fuera hacer oídos sordos. Siendo así, el objetivo fue cumplido: ya no podían quedar sin excusa ante aquel maravilloso mensaje de gracia.

Parece recomendable analizar nuestra forma de comunicar el mensaje de la Palabra, no sea que estemos aburriendo a los oyentes, y más que abrirles el apetito, en contra del ejemplo de Jesús, lo que estemos haciendo sea contribuir negativamente en la desgana existente, causando así una impresión equívoca del rico y beneficioso mensaje que posee la adecuada exposición de la Palabra divina.

«Con muchas parábolas como éstas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír (adaptación del mensaje). Y sin parábolas no les hablaba; aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo» (Mr. 4:33,34).

Una de las aplicaciones pedagógicas de Jesús más significativas, fue la de presentar la Palabra de Dios con parábolas. Siendo una la enseñanza central de las parábolas, éstas ofrecían la porción específica que cada cual necesitaba. De esta manera, algunos que escuchaban no entendieron absolutamente nada de lo que se decía, por estar su corazón cerrado al mensaje celestial. Otros, comprendieron en cierta medida el contenido de las parábolas, sin embargo rechazaron el mensaje, por lo que al tiempo añadió a sus personas el mismo juicio de la propia enseñanza. No obstante, para los menos, la forma ilustrativa de la parábola les proveyó de luz espiritual y firme instrucción, obteniendo con ello la orientación que necesitaban en aquel momento para hallar el camino verdadero.

Cuán sensata parece la consideración que realiza Marcos sobre el modelo de Jesús: **«Les hablaba la Palabra, conforme a lo que podían oír...»**. Con este propósito especial, también se hace obligatorio en nuestras predicaciones acomodar el mensaje al oyente, para así poder alcanzar una comunicación que sea del todo adecuada.

Visto el asunto de forma inversa, los mensajes que se ofrecen con independencia de las necesidades del auditorio, se convierten en efímeras palabras, que en la mayoría de los casos son definitivamente insertibles. Igualmente no se trata de malgastar palabras, sino en cualquier caso de comunicar un *mensaje*, que será distinto en el contenido y en las formas, dependiendo como es lógico de los receptores. Con este ánimo, el nivel de comunicación que Jesús mantuvo con sus doce discípulos, fue diferente del resto de la multitud que le seguía. **«A sus discípulos les declaraba todo»**, hemos leído en el texto sagrado.

También consideremos la necesidad de establecer algunas reservas a la hora de expresar nuestro mensaje. No se puede decir todo lo que se piensa. La forma con la que un médico debe transmitir el grave diagnóstico a su paciente, es de crucial importancia. Siempre tendrá que decirle la verdad; pero, no necesariamente deberá exponerle toda la verdad, reservando cierta información que el paciente no precisa conocer. La forma de comunicar el resultado del análisis médico, por tanto, determinará en gran medida el impacto y la aceptación en el paciente de cualquier enfermedad grave.

Siguiendo contrariamente el modelo de Jesús, a veces nos acostumbramos a trasladar los términos evangélicos a las personas de nuestro entorno, que en muchas ocasiones no entienden en absoluto, produciéndose la correspondiente reacción confusa. Por este motivo, a la hora de anunciar nuestras ideas, es conveniente tener en cuenta el nivel cultural del oyente, su edad, el contexto social en el que se encuentra, y otros factores que permitan al prójimo comprender con claridad nuestro mensaje.

Entendamos, pues, que la *manera* de comunicar la doctrina o enseñanza, es el *vehículo* por donde transmitimos el mensaje. Nos preguntamos, entonces, por las formas de expresar nuestro mensaje bíblico, y también por el impacto que causa en los demás nuestra manera de enseñar.

No enseñemos a los demás como profesor, sino como hermano.

EJEMPLO DE EVANGELIZACIÓN

Si queremos defender la verdad bíblica tal y como se pronuncia en el modelo de Cristo, habremos de admitir que la evangelización, en sus formas bien aplicadas, es una asignatura bastante descuidada en nuestra Iglesia evangélica más cristianizada.

«...Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido (veracidad bíblica), y el reino de Dios se ha acercado (presencia de Jesús, el rey); arrepentíos, y creed en el evangelio (dos mandamientos esenciales)» (Mr. 1:14,15).

La primera enseñanza que nos presenta el relato bíblico, expresa que Jesús sigue su camino acompañado de una dinámica muy especial: **«predicando el Evangelio del reino de Dios»**. Así que, el ejemplo para imitar en este versículo es muy sencillo. Si como discípulos deseamos seguir a nuestro Maestro, habremos de aceptar seriamente que su ministerio guarda una relación estrecha con nuestra misión hoy. Y el consejo se halla, básicamente, en que no debemos reservar para nosotros el mensaje que nos ha sido confiado.

Si con la primera venida de Jesús **«el tiempo se había cumplido»**, según hemos leído, es precisamente porque para los judíos que esperaban el Reino prometido en el Antiguo Testamento, se encontraba presente en Jesús... Hoy, igualmente, podemos afirmar con todas las garantías que el reino de Dios se halla visible en Jesucristo y en su Iglesia, y es justamente esta enseñanza la que debemos transmitir. No tengamos una idea equivocada sobre el tema, porque si bien es cierto que esperamos con anhelo la plenitud futura de ese Reino, no es menos cierto que éste se encuentra vigente en el pueblo de Dios; por lo cual, es lógico pensar que todo cristiano habrá de vivir y predicar conforme a los reglamentos de ese Reino proclamado por Jesucristo.

Si nos preguntamos sobre las bases doctrinales de la predicación, no hay que detenerse mucho en la lectura bíblica, para darse cuenta de que en el mensaje de Jesús hay un llamamiento a dejar el pecado, y en arrepentimiento depositar la confianza en el Evangelio; presentando asimismo el reino de Dios en su forma actual, como ya citamos.

Resulta indispensable imitar este modelo de predicación, porque aunque las estrategias y los procedimientos de comunicación pueden variar, como hemos visto en el apartado anterior, los principios fundamentales no deben ser en absoluto modificados.

Reparemos en el ejemplo de Jesús, ya que de ningún modo puede haber salvación si no hay arrepentimiento; como tampoco se puede creer, a modo de asentimiento intelectual o de aceptación doctrinal, si no existe una disposición al cambio, esto es, una verdadera entrega del corazón a Dios.

Trayendo a nuestra mente la manera de predicar del Maestro, vemos también que lo que no hizo, en ningún caso, fue insistir para que la gente se convirtiera. Aquel que rechazaba el Evangelio de la gracia, quedaba expuesto irremediabilmente a su propia incredulidad. Al mismo tiempo, el Señor predicaba con plena serenidad, sabiendo que el punto crucial de su mensaje era *llamar* a los perdidos para indicarles el camino de la Salvación (sea que éstos se salven o se pierdan).

Si Jesús, como Maestro, dedicó buena parte de su ministerio a la evangelización, ¿por qué hoy no logramos otorgarle la supremacía que verdaderamente posee el mensaje de la Salvación para el ser humano?

«...Y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?» (Mr. 8:27).

Una de las cosas que nos sorprende gratamente, y que encontramos frecuentemente en los evangelios, es la manera como Jesús utilizaba las preguntas a la hora de enseñar.

Parece estar suficientemente demostrado, en el ámbito pedagógico, que obtenemos un resultado más eficiente en el aprendizaje, cuando por medio de las preguntas alcanzamos a reflexionar sobre lo aprendido. La clave de nuestro crecimiento y madurez espiritual, no consiste solamente en retener datos informativos, claro está. Entender aquello que se ha estudiado, es la mejor forma de aprender y de incorporarlo en nuestra vida. Por ello, podemos intuir que la inestabilidad existente en nuestra vida cristiana, se puede deber, en muchas ocasiones, a la falta de su entendimiento.

Si el discípulo de Cristo no consigue incorporar las enseñanzas bíblicas en la vida personal, seguramente es porque no logra comprenderlas de una manera razonable. Además, si el cristiano no alcanza a discernir bien su identidad espiritual, probablemente no será capaz de vivirla, y mucho menos de expresarla convenientemente. De igual forma, si los creyentes desconocemos el amplio significado y las implicaciones prácticas del Evangelio, también nos costará percatarnos de la necesidad de proclamar un evangelio efectivo.

Siguiendo el modelo de Jesús, consideremos las preguntas como herramientas del lenguaje que nos llevan a la reflexión, y a la mejor comprensión de la enseñanza. En ocasiones, las preguntas que no logramos responder primero en nuestro fuero interno, se pueden convertir desgraciadamente en verdaderos traumas emocionales. Porque, a saber, muchos de los problemas que la vida nos proporciona, y que tenemos que enfrentar, no ofrecen precisamente respuestas fáciles.

Las preguntas, asimismo, provocan la reacción del propio organismo, ofreciendo a nuestra mente una apertura mayor, donde los mecanismos de interés permiten asimilar mejor la lección. Por tanto, así como nuestro Maestro lo hizo, también deberíamos de incluir las preguntas en el proceso de nuestra comunicación, para que los oyentes no sean simples receptores, sino partícipes de la enseñanza y miembros integrantes de la propia lección: **«preguntó a sus discípulos».**

De esta manera, la evangelización que se supone eficaz, debe llevar a la persona hacia el propósito esencial recogido en el texto bíblico que hemos leído: conocer a Jesús y conocerlo cada vez más. Si este fin no se cumple, por demás se halla toda la enseñanza bíblica que podamos impartir.

La evangelización de Jesús, debe ser el modelo de nuestra predicación.

EJEMPLO DE AMOR A LA PALABRA

Es posible que muchos errores que se han cometido, y de hecho se siguen cometiendo en nuestro entorno cristiano, se deriven en buena medida de la ignorancia bíblica que poseemos. No nos referimos a saber la Biblia de memoria, o ni siquiera los conceptos básicos de la doctrina cristiana. Nos remitimos aquí a una comprensión adecuada del mensaje explícito de nuestro Maestro Jesucristo.

«¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios?» (Mr. 12:24).

Una vez más la pregunta afirmativa de Jesús se dirige al grupo de saduceos: personas de gran posición social que habían comprado los derechos administrativos del templo de Jerusalén, siendo éste la referencia indiscutible de la religión del pueblo. Pero, sin embargo, esta secta judía había corrompido los aspectos más sagrados de la Ley de Dios, y sus desviaciones doctrinales eran, como no podían ser de otra forma, la consecuencia lógica de su propia ignorancia bíblica.

En aquel periodo histórico, sólo el pueblo de Israel tenía el derecho de custodiar la Palabra de Dios. En cambio, la Biblia hoy está al alcance de casi todo el mundo; y como bien sabemos, en muchos países hace algunos años no se podía decir lo mismo, pues al igual que ocurrió en aquel tiempo, las cosas sagradas estaban en manos de los dirigentes de la religión oficial, y bien se encargaron de que el mensaje bíblico no saliera a luz.

Aquí vemos cómo Jesús tuvo la sensatez, además de la valentía, de enfrentar a los líderes religiosos con su ignorancia bíblica; y no nos sorprenda si a veces también sus discípulos tendrán que hacerlo. Aunque para ello, desde luego, no se habrá de luchar con las mismas armas de ignorancia que poseían aquellos saduceos, sino con las propias que concede la sabiduría de la Palabra inspirada: **«erráis... porque ignoráis las Escrituras»**.

No hay que fijarse mucho para darse cuenta de que Jesús le otorgó la máxima importancia al conocimiento de las Escrituras, siendo la base firme donde asentaba su propio ministerio. No por casualidad las mismas Escrituras giran en torno a su persona.

Del ejemplo del Maestro, aprendemos que la ignorancia bíblica no es compatible con la vida cristiana. No se puede seguir a Cristo sin amar la Palabra de Cristo; aunque para tan sublime propósito evidentemente se haya de conocer bien. Pero tampoco se puede conocer si no se lee, medita y estudia. Y este procedimiento, a la vez, debe someterse al poder de Dios, puesto que sólo Él puede ayudarnos a discernir el mensaje espiritual, que por otra parte es incomprendible para nuestra mente natural.

La Sagrada Biblia es la Palabra divinamente inspirada. Y sabemos que la Biblia no es sólo un libro de fascinantes historias de la Antigüedad, ni tan sólo un compendio de buena moral; sino que además contiene la solución a los grandes problemas de nuestro mundo actual, los cuales también fueron contemplados con gran preocupación por nuestro Señor. Así, el cristiano que indaga en ella como es debido, encuentra grandes tesoros escondidos en cada texto: en forma de enseñanzas, ejemplos, anécdotas, detalles, matices, y demás variantes, que sin duda se escribieron también para aumentar el enriquecimiento espiritual de todo discípulo de Cristo.

La voz incomparable del Maestro todavía resuena por medio de la Palabra escrita. ¿La seguimos apreciando hoy?

«Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito...?» (Mr. 11:17).

Consideremos cómo la enseñanza de Jesucristo se enraizaba profundamente en la Escritura de entonces, la cual se conoce hoy como el Antiguo Testamento. La Palabra de Dios fue siempre el centro de la predicación de Jesús, y asimismo la utilizó en un sinnúmero de ocasiones. De hecho, él mismo constituye la Palabra encarnada, la revelación viva de Dios que viene a nuestro mundo. Y esta verdad nos lleva a confirmar, con toda rotundidad, que el mensaje del Maestro es sagrado para todos sus discípulos.

Y así fue como sus palabras completaban y definían la Palabra inspirada en todo su esplendor, restaurando a la vez aquellas interpretaciones erróneas que algunos religiosos habían hecho de la antigua Escritura.

Del texto bíblico leído, deducimos que toda pronunciación doctrinal es válida siempre y cuando, como bien citó el Maestro, **«esté escrito»**, o lo que es lo mismo, tenga su firme estabilidad en la Revelación escrita de Dios. Por el contrario, no debemos recibir como instrucción bíblica toda aquella enseñanza que no se afiance en la Sagrada Biblia con suficiente claridad.

Vistas las declaraciones de Jesús, no tenemos autoridad para exponer una enseñanza si ésta no contiene una base bíblica consistente. Aunque pudiéramos adornar nuestra doctrina con gran humanismo, acompañarla de reflexiones inteligentes o vestirla de expresiones admirables, si lo que pronunciamos no *está escrito*, de muy poco sirve para el verdadero discípulo de Cristo.

Tomemos buena nota de ello, porque lo *escrito* debe estar *claramente escrito*, esto es, que cualquier afirmación doctrinal tendrá que ser defendida por todo el contexto de las Sagradas Escrituras. De no ser así, no nos quedará más remedio que desechar cualquier enseñanza que se presente como doctrina verdadera, por muy bíblica que parezca.

Llegados a este punto, podemos aseverar que los cristianos apreciamos la Biblia como única norma de fe y conducta para nuestras vidas, porque, sin ir más lejos, así lo enseña el modelo de Jesús.

Del amor a la Palabra de Dios, se produce el deseo de hacer su voluntad.

EJEMPLO DE SABIDURÍA

El término «sabiduría» requiere una correcta comprensión, sobre todo para evitar cualquier interpretación equivocada sobre el mensaje bíblico. La sabiduría es una facultad que procede del cielo, verdad es. Pero ésta no supone sólo acumular múltiples datos informativos que nos provean de una inteligencia excelente. La sabiduría va más allá, porque consiste en «obrar» de la mejor manera posible, y con los mejores criterios (éstos son los de Dios).

«¿De quién es esta imagen y la inscripción?... ¿Por qué me tentáis? Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaban de él» (Mr. 12:16,17).

En esta escena recogida por el evangelista Marcos, hallamos una trampa dialéctica creada por los líderes religiosos de la época, para situar a Jesús en una auténtica encerrona. De muy poco les sirvió su sagacidad, pues la sabia respuesta del Maestro ante la difícil pregunta de sus encuestadores, les hizo caer en la misma trampa que ellos habían elaborado tan perspicazmente. No fue nada extraordinario, por cierto, que ellos mismos se maravillaran de la sabiduría de Jesús.

Asidos al modelo de Cristo, nos llena de gran admiración su sabiduría. De ella, aprendemos que ante cualquier tentación procurada por los que nos rodean, sirva una respuesta sabia como la de Jesús para desarmarlos. Por mucho que nos acechen, o quieran hacernos caer, la sabiduría nos protege, nos guarda del mal, nos provee de discernimiento para entender y capacidad para responder. Porque la fuerza física, el poder humano, las riquezas, la inteligencia, y demás facultades, no prevalecen ante la sabiduría...

Indudablemente la sabiduría proviene de Dios, y además el Espíritu nos ayuda en la asimilación y aplicación de esta gran virtud. Pero, si bien es verdad, no esperemos que venga a nosotros en forma de *rayo mental*, porque en esto el Espíritu nos ayudará siempre y cuando seamos diligentes. Dios tiene sus procedimientos para proporcionar sabiduría a sus hijos, y entre otros varios también se nos demanda el uso de la *diligencia*. Entre tanto, la Escritura nos insta a buscar la sabiduría como si fuera el *tesoro* máspreciado que existe. Aunque, a la verdad, y para desdicha de muchos, hoy sigue siendo todavía el más despreciado.

Si Jesús nos dio el ejemplo de sabiduría, dando respuesta sabia a la difícil pregunta que le plantearon, también nos concierne saber utilizar nuestros pensamientos de forma que muestren respuestas sabias y acertadas en todo momento.

Visto desde la perspectiva espiritual, la sabiduría llega donde la inteligencia humana no es capaz de ni siquiera acercarse, ya que muchas veces camina por sendero distinto.

«Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; así que vosotros mucho erráis» (Mr. 12:27).

En esta frase, la respuesta del Maestro fue dirigida hacia la raíz, al centro mismo de la cuestión. Y es que Jesús no se anduvo con rodeos innecesarios, dándole vueltas a las cosas en el giro de una noria de feria. Por el contrario, siempre pareció ir al origen del problema en todos los asuntos que manejó, y sus respuestas fueron, además de profundas, concisas y prácticas. En este caso, el argumento explicativo que el Maestro presentó a los saduceos, pasaba por la propia lógica y el peso de la verdad divina: **«Dios no es Dios de muertos»**.

Por otro lado, podemos advertir en la conclusión bíblica, que en ningún momento Jesús dijo que ésta fuera su opinión. La afirmación del Maestro fue categórica, además de razonable. ¿Qué religión estaban profesando los saduceos, si no tenían presente al Dios de los vivos? Igualmente, extrayendo el ejemplo de Jesús, notamos que a veces en nuestra extremada manera de enseñar, se suelen pronunciar con bastante frecuencia frases como: *iEn mi opinión! ísegún yo lo veo! íen mi criterio personal!* Es verdad que en cuestiones difíciles, o bien secundarias respecto a doctrina bíblica, debemos utilizar estos términos. Sin embargo, cuando se trata de verdades fundamentales, como las que el Señor pronunció, nuestras confesiones deben ser del todo seguras, y no debe haber ningún tipo de duda en nuestros labios.

Aquí nos percatamos de que la respuesta de Jesús fue sabia, aparte de concluyente. ¿Cómo podían plantear los saduceos una propuesta religiosa, desde la aceptación de un Dios eterno, donde la existencia humana se termine con la muerte?

Estamos convencidos de que Jesús nunca habló con ligereza, sobre todo en lo que se refiere a los asuntos que pertenecen a la eternidad. Antes bien, sus palabras, llenas de certeza y seguridad, contenían valiosas enseñanzas que no dejaban indiferente a nadie.

En resumidas cuentas, la sabiduría halla su especial encuentro, de manera casi obligatoria, en la forma y el contenido de la comunicación. Con este enfoque integral, el Maestro expresó su sabiduría tanto en sus enseñanzas como a través de sus propias acciones.

Si no aspiramos a vivir con el propósito de alcanzar la *sabiduría*, estemos alertas, porque la *necedad* no tardará mucho en alcanzarnos a nosotros.

El que no adquiriere sabiduría, su pobreza le delatará.

EJEMPLO DE AUTORIDAD

Hablar de *autoridad* se considera asunto arriesgado en un mundo tan extremo como el presente, donde fácilmente se confunden los términos. Jesús fue un maestro con gran autoridad, cierto es. Sin embargo, en su manera de enseñar nunca se percibió formas de tiranía o despotismo alguno.

«Y se burlaban de él. Mas él, echando fuera a todos...» (Mr. 5:40).

Según reza el texto bíblico, la hija de Jairo había fallecido. Y nos imaginamos que sus parientes aplicaron todos los recursos médicos conocidos por entonces para intentar reanimar a la niña; pero de nada les sirvió. Las comprobaciones del momento daban fe de que realmente la niña había muerto, y parecía impensable que volviera otra vez a la vida.

Aquellos que contemplaron la dramática escena, ven llegar a Jesús: un carpintero, que sin conocimientos médicos oficiales, pretendía restablecer la vida de la pequeña... Parece razonable, pues, que no creyesen que Jesús podría resucitarla, y por ello la reacción lógica a las palabras del Maestro, fue la burla.

Con todo, Jesús respetó la incrédula opinión de los allí presentes; pero lo que no estuvo dispuesto, en ninguna manera, es a recibir la burla cuando el poder de Dios se iba a poner de manifiesto. A tal efecto, la reacción de Jesús no se hizo esperar, aplicando su autoridad espiritual con toda determinación y echando fuera a los incrédulos.

Hacemos bien en seguir el modelo bíblico, porque el cristiano no debe ser considerado una persona apocada, que siempre camine cabizbaja, en actitud de constante inferioridad. En sentido opuesto, el discípulo que desee reflejar a su Maestro, marchará con la autoridad que le brinda su posición como hijo de Dios, además de fiel seguidor de Jesucristo.

Al igual que ocurrió entonces, seguramente habrá ocasiones en que recibamos el rechazo a causa del ejercicio de nuestra fe. Pese a todo, la imagen del testimonio cristiano ha de contener la impronta expresada en la autoridad de Jesús. Tal y como se desprende de su ejemplo, también debemos poner límites a nuestras relaciones personales y aplicar prudencia en nuestro ministerio cristiano, para que a ser posible nadie sobrepase las fronteras del respeto y la libertad humana.

Como hemos observado en el texto, la paciencia tiene un límite, y así como el Maestro, también en determinados momentos al discípulo le corresponderá manifestar su autoridad como conviene.

«Vinieron, pues, a Jerusalén; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera (decisión enérgica) a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía (muestra de autoridad espiritual) que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Mr. 11:15).

Esta secuencia histórica producida en el templo de Jerusalén, nos muestra un ejemplo de autoridad suprema. Jesús se enfada, y con razón, descubriendo de tal manera, y a cara descubierta, el celo santo por las cosas sagradas.

No debe parecer extraño que Jesús comenzara a echar fuera a los cambistas, como a los vendedores y compradores, puesto que el templo se había convertido en un centro de negocio, haciendo que los elementos sagrados tuvieran solamente un significado de tipo comercial. Y es que con las cosas santas no se puede frivolar, ni mucho menos convertirlas en medio de lucro, como fue en este caso...

Examinando la aplicación bíblica, tenemos la impresión de que esta misma ambición ha perdurado en el tiempo, puesto que también hoy existen los llamados «profesionales de la religión», que no tienen escrúpulos a la hora de lucrarse con los elementos sagrados. Tal y como expresa el texto leído, vemos la disposición errónea de aquellos que administraban en el templo, pues habían perdido por completo el sentido espiritual que debía tener, esto es, para la adoración a Dios... Jesús los llama *ladrones*, y con buen juicio, dado que algunos se habían apropiado indebidamente de los asuntos que pertenecen a Dios, manejándolos a su libre arbitrio, para conseguir unos fines claramente egoístas.

La integridad espiritual del Maestro puso al descubierto una santa indignación, que en tal caso fue provocada por el descaro con el que los presentes negociaban con las cosas espirituales. La impresión que Jesús recibió de lo que allí sucedía, contrastaba grandemente con la finalidad simbólica del propio templo, llevando un sentido claramente devocional, y no meramente profesional.

El ejemplo de Cristo nos enseña que no debemos esconder intereses personales en el servicio cristiano, ni mucho menos buscar beneficios materiales, pues ello hace que la vida espiritual cobre un aspecto horrendo a los ojos de Dios, ofreciendo a la vez una desfigurada imagen del Evangelio y de su gracia salvadora. El celo santo de nuestro Maestro le llevó a expresar su autoridad con el máximo rigor, denunciando la verdad de lo que allí estaba

ocurriendo; aplicando asimismo un calificativo que definió con toda precisión la categoría de aquellos administradores del templo: *cueva de ladrones*.

Así fue como la adoración a Dios se convirtió en un lucrativo negocio para algunos; y gracias a los dirigentes del templo que permitían aquel espectáculo tan grotesco, los sacrificios llegaron a degenerar en pura rutina religiosa, privada por completo de contenido espiritual.

En este asunto, reconocemos que nuestro Maestro fue cálido y amable en muchas ocasiones, pero aquí no tuvo por menos que enfadarse, y adoptar una postura de máxima indignación, al contemplar el grotesco espectáculo de corrupción que se ofrecía en el recinto del Santuario divino. De igual manera el creyente que se mantiene fiel a su Señor, también a veces debería indignarse con la iglesia tibia que le rodea; pero sin incurrir, por supuesto, en una postura de odio o rencor, que sin duda nos descalificaría como seguidores de Jesús y promotores de su amor.

«...todo el pueblo (el pueblo que le escuchaba) estaba admirado de su doctrina» (Mr. 11:19).

Podemos advertir en el texto bíblico, que la autoridad de Jesús no se presentó marcada por el sometimiento al mandato divino, sino más bien por el resultado directo de su predicación, que fue precisamente lo que originó la *admiración* hacia su persona. Una admiración, que como bien se sabe, ocasionó que toda una multitud se allegara al Maestro... Aunque, por otro lado, notamos que también provocó la envidia, como era de esperar, y en consecuencia el rechazo de su mensaje.

Es muy probable que Jesús no programara grandes sermones para impresionar a la sociedad de entonces, sino que el procedimiento que siguió fue el de compartir una enseñanza del todo natural, la cual provenía de su propia vivencia personal, y lo más importante, de su verdadero amor hacia el prójimo. Al tiempo, la sabiduría de sus palabras y la claridad de sus expresiones, encontraban su espacio en las aplicaciones prácticas que supo presentar en cada una de sus lecciones. Todo ello le confirió a Jesús la base indiscutible de su autoridad; por eso nadie podía rebatirle en ninguna enseñanza, y aquellos que lo intentaban, quedaban desarmados al momento y además acusados por su propia ignorancia.

Hoy no acontece según el modelo de Jesús, y así el Cristianismo recorre sus días privado de efectividad. Y entre otros motivos, también se contempla la falta de admiración por la enseñanza bíblica. No nos referimos aquí tanto a la doctrina en sí misma, como al mensaje vivo y práctico de la Palabra, que es el que debe acompañar a dicha doctrina. Porque cualquier instrucción que no conmueva el corazón del oyente, atendiendo a sus necesidades personales, se convierte en una ciencia seca y vacía, que sirve para muy poco.

Sabemos que la autoridad del Maestro no fue determinada por la *imposición* de sus doctrinas, sino por el dulce impacto de sus palabras, que llenas de amor y compasión, atrajeron el interés de sus contemporáneos...

Consideremos el claro ejemplo de Jesús, porque si nuestras propuestas cristianas no producen ningún impacto en el corazón humano, es porque a veces son pronunciadas por la vía de la *imposición*, y no por el camino de la *atracción*. Habremos de recapacitar sobre el contenido de toda doctrina, y valorar si los componentes de nuestros mensajes son prácticos, atractivos, admirables; si éstos comprenden adecuadas aplicaciones personales, familiares, sociales o eclesiales, o si por el contrario provocan aburrimiento, desinterés e inapetencia.

Con el mensaje de Jesús nadie permaneció aburrido e impasible, y mucho menos quedó indiferente. Así que, si el Maestro despertó la admiración de aquellos espectadores, nos preguntamos hoy, ¿qué efecto causa en la mente y el corazón del oyente nuestras palabras? Y, ¿cuántas veces podría decirse de nosotros que alguien se ha admirado por la doctrina que predicamos?

El carácter firme de Jesús, debe imprimir firmeza a nuestro carácter.

3. JESÚS, EL VERDADERO SIERVO

El Evangelio según lo presenta Marcos, consigue recoger de manera suficientemente descriptiva, la imagen del Jesús bondadoso que humildemente dispone su vida en favor de los demás. Y si en algo se caracterizó el ministerio del Maestro fue, esencialmente, en el servicio que prestó a la Humanidad; una aplicación completamente desinteresada de su buen obrar, si tenemos en cuenta el pago que posteriormente recibió de su servicio al prójimo.

Reproduciendo el espíritu de este Evangelio, nos corresponde fijar la atención en los hechos de Jesús, más que en sus dichos. Porque, a la verdad, el discípulo que pretende seguir fielmente sus pasos, debe encaminarse con la firme disposición a *servir* en todo momento. Y si descuidamos este objetivo tan elemental por el cual Cristo nos dejó su ejemplo, estemos seguros de que todos los demás componentes del cristianismo carecerán por completo de significado.

Con especial intención aleccionadora, Jesucristo comunicó a sus discípulos el propósito por el cual había venido: **«*Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir...*» (Mr. 10:45)**. Esta declaración de Jesús sobre su propio ministerio, debe centrar nuestro pensamiento a la hora de poner por práctica el modelo que él mismo estableció. Servir a Dios y a nuestro prójimo, de la manera como el Maestro lo hizo, debe ser la máxima aspiración de cualquiera que, con buen sentido del término, se declare a sí mismo cristiano.

EJEMPLO DE ENTREGA

Es sabido por todos los creyentes, que Jesús entregó su vida por nuestros pecados en la Cruz, siendo éste el centro neurálgico del pensamiento cristiano. Pero, no olvidemos en nuestra reflexión, que su vida contemplada en actitud de entrega diaria, estuvo constantemente puesta al servicio del prójimo.

«*Él les dijo* (a sus discípulos): *Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer*» (Mr. 6:30).

La disposición de Jesús llegaba a tal punto, que como bien dice el versículo, **«*no tenían tiempo ni para comer*»**. Sobre la enseñanza, rescatamos que la comida, al igual que las demás necesidades materiales básicas, se debe situar en un segundo orden, conforme a los valores del Reino celestial.

No tener tiempo ni para comer significa que, en caso preciso, posponemos la satisfacción de nuestras necesidades elementales, para en primer término cubrir las ajenas... Esta iniciativa puede parecer extraña a los ojos de la sociedad, pero el particular llamamiento de Jesús contiene este método tan original.

Es innegable la obligación que todo ser humano tiene, en la medida de lo posible, de suplir las necesidades físicas. Pero, apliquemos en su correcta dimensión la enseñanza bíblica, pues situando la vida cristiana en un plano superior, el discípulo de Cristo debe estar dispuesto incluso a prescindir de las momentáneas provisiones diarias, si con ello se consigue hacer un bien al prójimo.

Siguiendo este mismo orden, consideremos la vida espiritual con actitud sensata, porque ésta contiene unos valores especiales que trascienden lo puramente terrenal, y por lo tanto gozan de una definitiva repercusión eterna. En cambio, el alimento físico, sin dejar de ser necesario, solamente cubre las necesidades temporales de nuestro organismo. Aunque, si bien

es verdad, no sugerimos que el alimento sea inútil, pues nos permite obtener los nutrientes y la energía necesaria para seguir adelante con salud. Sin embargo, visto en último término, el alimento físico no contiene un alcance de mayor relevancia que las cuestiones de carácter eterno. Así, el alimento espiritual llena aquellas áreas más insondables de nuestro corazón, cubriendo las profundas necesidades existenciales que todos poseemos; mientras que el alimento material se descompone en nuestro organismo, asumiendo solamente una finalidad temporal.

Aparte de ofrecerle la importancia propia que se obtiene del alimento físico, observamos que Jesús, como buen siervo, hizo un correcto uso del tiempo durante su estancia en este mundo. Es verdad que la expresión ¡no tengo tiempo! a veces resulta una perfecta excusa utilizada por muchos para eludir sus responsabilidades. No fue así como Jesús obró, sino que administró el tiempo con sabiduría, aprovechando cualquier momento para servir al prójimo y cumplir así con los designios celestiales.

Nos preguntamos, ¿en qué empleamos nuestro preciado tiempo? En lo que respecta al tiempo y a nuestros compromisos ministeriales, tampoco pensemos que el discípulo de Cristo debe ser un corredor incansable, cuyas ocupaciones eclesiales parezcan no tener fin. Si nos fijamos bien, en la primera estrofa del versículo leemos que Jesús invita a sus discípulos al descanso, lo cual nos lleva a pensar que hemos de intentar conseguir el deseado equilibrio, dedicando parte de nuestro tiempo al servicio cristiano, pero sin menoscabo del necesario descanso, pues de otra forma se produciría lo que hoy se conoce técnicamente como un cuadro de «estrés».

Pensando en nuestras preferencias, nos preguntamos por la administración de nuestro tiempo. Y en esta consideración, debemos valorar si el hecho de cubrir nuestras necesidades básicas, resulta más importante que desempeñar la voluntad de Dios. Pese a todo, servir a nuestro prójimo exige tiempo, y ese tiempo se administra en la medida que nuestras prioridades sean las del Señor Jesús.

Destaquemos la enseñanza recibida, y procuremos descansar bien de nuestros trabajos; pero tengamos a bien invertir nuestro tiempo debidamente para la eternidad, pues la cosecha en el cielo dependerá, en buena medida, de nuestra labor aquí en la tierra. Tenemos tiempo para todo, pero también debemos tenerlo para Dios...

«Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos» (Mr. 9:35).

En respuesta a la disputa que tenían los discípulos de Jesús, acerca de los cargos que se concederían en el Reino futuro, la enseñanza bíblica pareció llegar con cierta sorpresa: *el primero en el reino de Dios, es el que sirve*. Nos imaginamos por un momento la contrariedad en el rostro de aquellos discípulos, puesto que seguramente el concepto que ellos poseían sobre la supremacía del Reino, se alejaba demasiado del pensamiento de Jesús.

Es probable que la intención de los discípulos, en aquellos momentos, no fuese orientada hacia el *servicio*, sino más bien a obtener un puesto privilegiado, donde ellos mismos gozaran de las ventajas de un excelente servicio por parte de los demás. Parece lógica esta forma de pensar, pues en el sistema de nuestra distinguida sociedad, al que goza de una mayor posición le corresponde ser servido; y seguramente las referencias éticas que ellos poseían, no parecían ser muy diferentes. Hemos de reconocer que todos, en mayor o menor medida, somos egoístas, y por momentos entendemos la vida cristiana en términos de lo que nos puede servir, o nos puede ser útil. Pero, aceptar que estamos llamados a servir, a veces en contra de nuestros intereses personales, parece ir *contra natura*.

Conservemos una perspectiva correcta acerca de nuestra condición como cristianos, porque el llamamiento de Jesús revela que nuestra posición en el reino de Dios, tanto presente como futura, no depende en ningún caso de los cargos honoríficos, sino más bien, como hemos leído, de nuestro servicio y entrega hacia el prójimo.

Utilizando las firmes palabras de Jesús, podemos confirmar lo expuesto, indicando que *el que quiera ser el primero, tendrá que ser el servidor de todos...* De esta frase tan rotunda, aprendemos que nuestro servicio cristiano no se presta en el «aire», a modo de *servicio ideológico*, sino que éste contiene una función esencialmente práctica, que va dirigida hacia las personas que nos rodean (servidor de todos)... No podemos evitar el presente ejemplo, porque si queremos seguir las pisadas de nuestro Señor, la relación que mantengamos con nuestros semejantes habrá de manifestarse primordialmente a través del servicio.

Vista la enseñanza, señalamos el concepto equivocado que algunos pudieran tener sobre el tema en cuestión, porque servir no significa vivir en una especie de subordinación al mandato ajeno, o sometimiento inconsciente a cualquier voluntad. El espíritu de servicio no proviene en ningún caso de la humillación ingenua, sino de la libertad con que Cristo nos ha hecho libres, sabiendo que a quien realmente servimos, es a Dios.

Por lo dicho, nuestro servicio al prójimo tiene sentido en la medida que reconocemos nuestro servicio a Dios. En este orden han sido establecidas las reglas del servicio, las cuales debemos conocer para no realizar un ministerio inadecuado, que a la vez resulte inservible. A saber, la vida cristiana construye sus cimientos sobre dos pilares fundamentales: la adoración a Dios y el servicio al prójimo. De ahí aprendemos que servir a los demás convenientemente, requiere en primer lugar una relación correcta con Dios. Es de suponer que todo discípulo de Cristo conserva un corazón limpio, si primero ha intervenido Dios en él para limpiarlo y capacitarlo; sólo de esta manera su servicio puede llegar a ser plenamente fructífero. No podemos, por lo tanto, prescindir de la intermediación divina, porque el Espíritu Santo muestra su poder haciendo posible que todo ministerio sea efectivo y acorde con su buena voluntad.

En definitiva, nadie debe presumir de que sirve a Dios, si de una forma u otra no está sirviendo a los demás. No pequemos de simplicidad, porque si a nuestras bonitas *palabras* no acompañan también los *hechos* en el ejercicio práctico del servicio, tampoco podemos afirmar que somos seguidores de Cristo (cristianos). Sería recomendable, entonces, analizar nuestra forma de servicio: cómo estamos aplicando los dones; en qué modo y lugar ejercitamos nuestro ministerio; de qué manera estamos compartiendo nuestros bienes; y lo más importante, cuál es nuestra motivación a la hora de hacerlo.

Visto el espíritu servicial del Maestro, bien podemos afirmar que si el cristiano no sirve a los demás, su cristianismo de nada sirve.

Nuestra verdadera entrega a Dios, debe resultar en servicio a los demás.

EJEMPLO DE COMPROMISO

Sigamos contemplando el modelo de Jesús, porque si el discípulo de Cristo mantiene una falta de compromiso con los demás, lo más probable es que también exista una falta de compromiso con Dios.

«Cuando llegó la noche, luego que el sol se puso... toda la ciudad se agolpó... Y sanó a muchos...» (Mr. 1:32,33,34).

Después de un largo día de trabajo, llega la esperada hora del descanso, donde la comida, al margen de satisfacer el apetito, parece ser el centro de reunión familiar... No obstante, en el caso que nos ocupa, las personas seguían acudiendo a Jesús, y a juzgar por los datos del texto bíblico, el trabajo se acumulaba en gran manera.

En esta línea, marcada por las pisadas de Jesús, aprendemos que nuestra disposición a servir no tiene horario ni calendario; siempre pueden surgir necesidades de última hora que deberemos atender. Comprendamos bien que el verdadero siervo concibe el servicio a las personas de forma tan preeminente que, como ya hemos considerado, el bien al prójimo se encuentra por encima de sus necesidades personales. Así, pues, no podemos afirmar, en términos bíblicos, que amamos a Dios y a la vez descuidamos a nuestro hermano... aunque sea en las horas de comida.

Observamos que a pesar de la intensa ocupación, el Maestro no reclamó sus derechos al descanso, al horario de trabajo o al periodo de vacaciones. Cuando llegó la noche, nuestro Señor continuó sirviendo; su compromiso proseguía las veinticuatro horas del día. Jesús estuvo dispuesto a servir, pero lo maravilloso fue que además de estar *dispuesto*, también estaba *disponible*. Hoy día podemos afirmar que estamos dispuestos a servir, pero por desgracia no estamos disponibles. Nuestras ocupaciones profesionales, familiares, sociales, y demás quehaceres a veces innecesarios, parecen no dejar lugar al compromiso cristiano como debería ser.

Pensamos, en este sentido, que las pretensiones del creyente no deben ser similares a las de los incrédulos. La finalidad última del discípulo de Cristo no ha de incluir como prioridad los elementos normales de la cotidianidad, como puede ser el comer o el dormir... En ocasiones, podrán surgir situaciones inesperadas que requieran de nuestra presencia y buen hacer, ocupando un tiempo que a lo mejor se halla fuera de lugar en nuestras previsiones, pero si bien lo hacemos para Dios, con amor y en espíritu de servicio.

Ahora, tampoco se trata en situaciones determinadas de servir por servir, sino más bien de conservar en todo momento una *actitud* de servicio; la acción servicial debe ajustarse siempre al espíritu humilde y a la buena intención. El planteamiento ofrecido exige un análisis responsable sobre el tipo de ministerio que estamos ofreciendo en la iglesia, o en otras áreas, para lograr apercibirnos del fruto que pudiera obtener tal servicio, pues de forma contraria no tendría sentido el esfuerzo realizado. No parece conveniente trabajar en vano, ni tampoco hemos de perder nuestro precioso tiempo; porque a lo mejor podemos estar realizando un gran esfuerzo para los demás, que según nuestro parecer Dios nos pide, pero que resulta una labor infructuosa en la que nadie sale beneficiado; alimentando así un cristianismo vano, y en todo caso manteniendo a flote nuestra suficiencia religiosa, que en verdad permanece insuficiente para Dios.

El servicio sin egoísmo, se expresa a través de un corazón comprometido.

EJEMPLO DE ABNEGACIÓN

El amor de Jesús, que lejos estaba de ser egoísta, se reveló por medio de su abnegación personal; hasta en los momentos de mayor dificultad por los que tuvo que atravesar.

«...aparta de mí esta copa, mas no lo que yo quiero, sino lo que tú» (Mr. 14:36).

Traemos a nuestra mente el texto bíblico ya anteriormente citado, pues conviene resaltarlo una y otra vez, dado que refleja con suficiente precisión el modelo de *amor* y *entrega* de Cristo por nosotros. En el huerto de Getsemaní el buen Pastor fue sometido a una gran presión psicológica y espiritual, ya que soportó con entereza el gran examen de su vida: pasar por la cruz o evitarla. Siendo ésta la prueba, su fidelidad a Dios se vio reflejada en su gran determinación: **«mas no lo que yo quiero»**. Las palabras de Jesús fueron decisivas, mostrando asimismo una voluntad verdaderamente abnegada, puesto que, en actitud de servicio, no reclamó su propio bienestar, sino que por el contrario buscó en primer lugar el cumplimiento de la voluntad Dios: **«sino lo que tú»**.

Este mismo espíritu de sacrificio que mantuvo el Maestro, es el que hoy debería regir el corazón de todo discípulo suyo. De tal forma, el servicio a los demás exige necesariamente un espíritu de abnegación, y así es como nuestro ego personal debe quedar olvidado en un lugar remoto, para que la Palabra de Cristo se haga efectiva en nosotros. Así que, por oscura que parezca la senda del deber, el discípulo que sigue a su Señor debe aprender a decir no a las tentaciones de su propio entorno, y a negar el cumplimiento de sus propios deseos egoístas: **«mas no lo que yo quiero»**.

Con esta disposición al servicio, y para que tal abnegación no se convierta en frustración, amargura o resentimiento, nuestra voluntad ha de estar sometida bajo el control del Padre celestial, que hará posible, por la acción de su Espíritu, que toda experiencia difícil vaya precedida de gozo y paz, trayendo a nuestros corazones un contentamiento interior en el que vamos a encontrar, en relación con Dios, el verdadero sentido y agradable propósito de nuestra existencia.

Reflexionamos ahora, porque si Jesús, siendo nuestro siervo, asumió el sufrimiento como parte innata en su ministerio, ¿por qué deseamos nosotros evitarlo a toda costa? En muchas ocasiones va a ser imposible eludir el sufrimiento, puesto que éste forma parte del programa de perfeccionamiento que Dios ha previsto para aquellos que le aman.

Por otra parte, la imagen del Jesús temeroso y vulnerable en el huerto de Getsemaní, nos acerca mucho más a su verdadera humanidad. Contemplamos a un Cristo semejante a nosotros, que padeció lo indecible, siendo tentado en todo y probado hasta la muerte. Por esta razón podemos confiar en su consuelo, ya que Jesús entiende en su dimensión práctica todas nuestras aflicciones, así como nuestros miedos y temores.

Recibamos la lección práctica, puesto que si el Maestro nos comprende en lo más profundo de nuestra situación personal, es porque él mismo comprobó el sufrimiento en su máximo grado de intensidad. Así como Jesús, también es natural que por medio de las tribulaciones que Dios permita en nosotros, estemos más capacitados para comprender el sufrimiento ajeno, y de esta forma nuestro servicio contenga la necesaria madurez para ejercer un ministerio más práctico y efectivo, presentando con ello el propio sello de la *experiencia* y no solamente el de la *teoría*.

«Mas Jesús ni aun con eso respondió; de modo que Pilato se maravillaba» (Mr. 15:5).

Ante la acusación de Poncio Pilato, Jesús no quiso defenderse, aceptando así la gran injusticia que se estaba efectuando en su propia persona. Parece razonable pensar que Jesús podía haber respaldado su inocencia con toda clase de argumentos, y también es muy probable que hubiera salido indemne del duro castigo que le aguardaba. Sin embargo, él sabía muy bien cuál era el plan trazado por Dios, y por lo tanto debía asumirlo con todas las consecuencias.

Deducimos con cierta convicción, que Pilato consideraba a Jesús un líder inteligente, con suficientes recursos dialécticos y pruebas a su favor, que le hubieran permitido presentar una buena defensa. A pesar de todo, Jesús, pudiendo ser gran abogado de su propia causa, no sucumbió a la tentación de librarse del horrible sufrimiento que le esperaba. La *abnegación* de su propio bienestar momentáneo, le llevó irremediablemente a callar.

Aprendemos del texto que, pese al impulso que tengamos por defendernos de cualquier situación violenta, a veces será aconsejable callar y asumir todo acontecimiento sombrío, por muy injusto que parezca, para que así los planes de Dios se puedan llevar a cabo con toda precisión.

No está por demás recordar que la abnegación de su defensa, esto es, el silencio en labios de Jesús, fue una losa pesada que Pilato tuvo que soportar. A este respecto, es curioso observar cómo algunas personas hablan y hablan, pero no comunican nada; mientras que por el contrario, callar en los momentos precisos, puede resultar una comunicación efectiva. Indudablemente, aprender a callar en ciertas situaciones conflictivas es más difícil que aprender a hablar. Saquemos conclusiones acertadas, porque en determinadas situaciones el silencio habla más que todos los argumentos que podamos presentar.

El destino de Jesús estaba marcado, y así debía proseguir con el programa establecido por Dios desde la eternidad. El plan divino se encontraba en sus últimos estadios: la detención, entrega y muerte de Jesús, señalaría el final de su ministerio, y el principio de una nueva y gloriosa etapa para el pueblo de Dios.

El corazón abnegado, proviene de un amor desinteresado.

EJEMPLO DE HUMILDAD

Seguramente la humildad no resulte un signo de distinción para este mundo tan competitivo. Pero, si algo debería de aprender el cristiano, en contraste con nuestra sociedad orgullosa, es precisamente a ser humildes, como Jesús lo fue.

«Y trajeron el pollino a Jesús, y echaron sobre él sus mantos, y se sentó sobre él» (Mr. 11:7).

En este capítulo debemos ofrecer un lugar sobresaliente al modelo de humildad registrado en el ministerio de Jesús. Y para ello consideramos oportuno presentar la condición con la que nuestro Señor tuvo su entrada triunfal en Jerusalén. Al igual que los grandes gobernantes, también su aparición pudo haber concurrido con todo el esplendor de un gran rey, llevado por majestuosas carrozas, que a la vez serían conducidas por hermosos caballos. El hecho no hubiera sido impropio, ya que Jesucristo es Rey, y vino para confirmar su Reino. Sin embargo, Jesús se manifiesta al pueblo montado en un pollino: es el Rey que humildemente se presenta, sabiendo que su llegada a Jerusalén no suponía la inauguración de su reinado terrenal, sino todo lo contrario, el comienzo de un camino que le llevaría inevitablemente al desprecio de sus conciudadanos, y en consecuencia a la muerte.

La verdad es que llegar a ser humilde, como Jesús lo fue, no es tarea fácil, puesto que se requiere la abnegación de nuestro «yo» orgulloso, que más bien parece buscar el prestigio, que el sencillo y humilde cumplimiento de la voluntad de Dios.

Nos sorprende ver la sencillez con la que nuestro Señor se mostró en todo momento, privado no solamente de grandes lujos o de las comodidades propias de un rey, sino en muchas ocasiones de los elementos más esenciales para poder vivir con normalidad.

Pero, no obstante, la humildad de Jesús se pasa por alto con demasiada frecuencia, sobre todo a la hora de compartir nuestros bienes con los demás, cuando no son pocos los que viven en la abundancia, contrariamente al modelo de Cristo.

Igualmente ocurre a la hora de practicar el servicio cristiano, principalmente en aquellos líderes que, con espíritu altivo, se enseñorean de los que lamentablemente permanecen en la ingenuidad. Y no hay que tener mucho discernimiento para poder comprobarlo. Solamente debemos echar un vistazo a determinados predicadores llamados cristianos, y percibir su prepotencia, altanería y espíritu dominador, en el ejercicio de su ministerio... Con el orden inverso a esta forma de actuar, Jesús mostró en todo momento los rasgos de su verdadera mansedumbre, a través del servicio al prójimo; que al igual que se brindó humilde y sencillo, cierto es que nunca dejó de ser eficiente.

La imagen del Maestro sentado en un pollino debería de quedar plasmada en la retina de nuestros ojos, para hacernos comprender que la presencia del ministerio cristiano no ha de mostrarse con grandes honores, sino con la misma condición humilde que caracterizó a la persona de Jesús.

Distingamos con claridad, porque cuando se trata de servir, nuestra identidad debe quedar en un plano discreto, sin apenas darle importancia a la excelencia del servicio, para que así solamente el nombre de Dios sea magnificado.

«Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él (Mateo el discípulo), muchos publicanos y pecadores (gente indeseable a los ojos del pueblo) estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido» (Mr. 2:15).

Observemos atentamente el paisaje bíblico, y recapacitemos acerca de la situación tan particular exhibida en aquellos momentos; porque, presumiendo que a la mesa del rey normalmente se sientan los poderosos e influyentes de nuestra sociedad, en la mesa donde estaba sentado Jesús parecía ocurrir lo contrario.

Por lo general, contemplamos la actitud impasible de nuestro entorno, pues al parecer muy pocos son los que se proponen invitar a su mesa a todo aquel considerado como marginado o reprobado de la sociedad... En contraste con esta falta de consideración, nuestro Rey (que vino para servir) nos asombra constantemente en lo que a humildad se refiere, no importándole en absoluto si su imagen se podría ver afectada por la opinión pública de entonces. Tal enseñanza, llena de practicidad, y basada en el propio ejemplo del Maestro, nos brinda la posibilidad de invitar a nuestro hogar a aquellos marginados que, como cita el texto, tienen deseos de seguir a Cristo.

A juzgar por lo visto, nos percatamos de que aquellos que seguían a Jesús no eran por lo general ricos, sabios, poderosos e influyentes, sino más bien, en el sentido opuesto, eran aquellos considerados por la sociedad como *indeseables*. Debemos señalar, por tanto, que Jesucristo no fue siervo de grandes y poderosos (aquellos que podrían recompensarle), sino de los más necesitados, esto es, personas que vivían con un extremado grado de sencillez.

La mentalidad de Jesús es receptiva a los más desfavorecidos, sabiendo que el Evangelio es principalmente para los pobres, ignorantes, marginados, y para todo aquel que se considere pecador delante de Dios. Es preciso, por ello, preguntarse con quiénes deseamos asociarnos: con los ilustres... ¿Qué aspiraciones tenemos en lo que a nuestra relación social o eclesial se refiere? Asociarse con los de condición humilde, parece ser la recomendación bíblica más apropiada.

Ahora bien, la consideración del tema nos conduce a pensar que no podemos invitar a nuestra mesa a todo el que encontremos en la calle desamparado; ello sería una gran imprudencia. Debemos tener un buen criterio de selección, como hemos leído en el texto bíblico, dando preferencia a aquellos que de alguna forma estén interesados en seguir a Jesús. Por decirlo de otra manera: cualquiera que muestre interés por Cristo, merece sentarse en nuestra mesa. De esta forma, el encuentro personal que se produce alcanza un sentido que va más allá del gastronómico, que es también el de expresar nuestro interés sincero por su alma perdida; mostrándole asimismo nuestra ayuda en todos los aspectos de la vida, sea física o espiritual, en la medida de nuestras posibilidades, claro está.

En cualquier caso, aprendemos que la comunión espiritual deberíamos de ejercitarla sobre la base de una *mesa*, pues es donde se hace más evidente, si cabe, la práctica de nuestro amor al prójimo. Tal enseñanza nos obliga a preguntarnos si todavía no nos hemos sentado a la mesa con ningún infeliz o marginado de nuestro entorno... Si el pecador muestra interés por Cristo, aceptemos una comida con él. De no ser así, ¿de qué forma vamos a

demostrar el amor fraternal? Si no invitamos a nuestra mesa, aparte de los amigos, también a aquellos que son ajenos a nuestro círculo más cercano, ¿qué clase de cristianismo estamos desempeñando? **«Estaban también a la mesa juntamente con Jesús».**

Tampoco debemos descuidar a los que asisten a la iglesia, y por cualquier motivo viven solos, están un tanto desplazados de la comunidad, o practican un cristianismo reservado por motivos desconocidos (a lo mejor promovido por la misma iglesia). Comprendamos que los indeseables a los ojos de los hombres, son los más deseables para Dios. Miremos a nuestro alrededor, porque si todavía no hemos invitado a nuestra mesa a aquel que más lo necesita, se espera que el ejemplo de Jesús nos estimule a poder hacerlo.

La humildad sin posición, es nuestro servicio en adoración.

4. JESÚS, EL HIJO OBEDIENTE

En este capítulo reflexionaremos brevemente acerca de la completa obediencia que Jesús mantuvo hacia su Padre celestial. Es cierto que puede parecer absurdo admitir que el Señor Jesús, siendo Dios, tenga que haberse sometido a los mandamientos de la Ley. Pero, si bien, cuando valoramos que Él se hizo hombre, y que fue precisamente en calidad de hombre que tuvo que cumplir con el programa establecido por Dios aquí en la tierra, es entonces cuando nos sentimos empujados a recapacitar sobre todas las implicaciones que comportó su decisión tomada en la eternidad.

El autor de la carta a los Hebreos cita lo siguiente: **«Y aunque era Hijo (Dios), por lo que padeció (en calidad de hombre) aprendió la obediencia» (He. 5:8).** Es necesario entender el sentido del texto, ya que el ser humano no puede tener acceso al Reino de los cielos, debido a su estado de separación de Dios, y también a la incapacidad para cumplir la Ley en su plenitud. Por tal motivo Jesucristo obedeció la perfecta Ley divina en su totalidad, con el objeto de que pudiéramos acogernos a él a manera de nuestro representante delante de Dios.

Como la Sagrada Escritura nos indica claramente, y las evidencias así lo corroboran, debido a la deteriorada naturaleza humana no nos es fácil adoptar una actitud de obediencia, y más cuando se trata de los asuntos relacionados con la fe. De forma contraria contemplamos el modelo de Jesús, en su vida terrenal, demostrando que fue una persona obediente a Dios, hasta los límites de su propia muerte.

EJEMPLO DE CONSAGRACIÓN

«Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán» (Mr. 1:9).

Al comenzar su ministerio, Jesús se trasladó a Galilea para ser bautizado en el río Jordán. Es cierto que se han barajado diferentes interpretaciones sobre el significado del bautismo de Jesús recibido por medio de Juan. Pese al comentario que pudiéramos hacer, estamos seguros de que Jesús se sometió, en obediencia, a la voluntad que Dios había diseñado para aquellos momentos históricos de transición espiritual.

Conviene recordar que el bautismo de arrepentimiento que practicaba Juan no era aplicable a Jesús, puesto que no tenía de qué arrepentirse. Pero vemos la disposición de Jesús subordinado a Juan, que aun siendo superior a él, por la posición de profeta esperado (el enviado del cielo que esperaban los judíos), quiso cumplir con los métodos establecidos por Dios.

Por otro lado, Juan reconoce que no era digno de bautizar a Jesús, cuando por el contrario debía ser bautizado por él. Sin embargo, había que cumplir toda justicia, ya que la identificación con el ser humano, a través del ministerio de Juan, suponía la obediencia a ese rito o símbolo que entrañaba aquel bautismo aprobado por Dios. Igualmente el bautismo de Juan marcó el inicio de la consagración en el ministerio mesiánico de Cristo.

Nuestro Señor fue un hombre consagrado, y su obediencia se hizo del todo evidente cumpliendo las obligaciones de la Ley, incluyendo el ministerio del profeta que Dios estaba utilizando en aquel momento, como fue el caso de Juan el Bautista.

Visto el ejemplo, también debemos aprender a someternos al programa de Dios por medio de aquellos siervos que Él mismo ha señalado: tal vez sean hermanos que la divina providencia ha puesto sobre nosotros momentáneamente, aunque en cualquier caso pudiéramos ser mayores en posición social o espiritual; no importa. Entre cristianos hemos de someternos (conformándonos a la Escritura) los unos a los otros en espíritu de obediencia, que siempre debe obrar por el amor a la Palabra.

Aprendemos del modelo de Jesús, que el que está dispuesto a someterse a Dios, también en lo que corresponde al cumplimiento de su voluntad, está dispuesto a someterse a los hombres.

«Y hallándole, le dijeron: Todos te buscan. Él les dijo: Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido» (Mr. 1:37,38).

Aunque no sabemos a ciencia cierta los diversos motivos por los que la multitud buscaba a Jesús, notamos que la gente, al ver los milagros que se produjeron, decidieron ir en busca de aquel líder que les había impresionado en gran manera; aunque seguramente le buscaban para proclamarle rey.

Fuera de toda aspiración a ser entronizado, el propósito por el que Jesús estaba en aquel lugar, no fue otro que el de *predicar*. Éste era su ministerio, y no podía anticipar los acontecimientos que correspondían a los planes futuros.

Aquel que podía recibir toda la gloria, porque era merecedor de ella, no la quiso. Y aun sin despreciar su elevada posición, Jesús optó por continuar con su servicio en otros lugares, antes de adelantarse al proyecto que Dios había determinado en el cumplimiento de los tiempos venideros: **«Vamos a los lugares vecinos»**.

Pese a la resistencia de nuestro Señor a recibir los honores propios que su ministerio mesiánico pudiera haber comportado, no dudamos de que la gran tentación fue más que patente. Aun atravesando momentos de prueba, observamos que Jesús tuvo las cosas muy claras: **«Para esto he venido»**.

De la misma forma que nuestro Maestro fue consecuente con su vocación delante de Dios, también el discípulo está llamado a poner en claro su ministerio, y a marcarse metas que sobre todo no sean confusas, es decir, planes que sean alcanzables. Así podrá llevar a cabo el particular proyecto de Dios para su vida, sin ceder a la tentación que ésta pudiera concederle: sean honores, reconocimientos, posición, grandeza, y otros ofrecimientos inoportunos que hagan perder la humildad que debe identificar al seguidor de Jesús. Tal vez parece contradictorio, pero a lo mejor en el plan de Dios para nuestras vidas estará incluido más bien el menosprecio, la indiferencia o el rechazo, que es lo que deberemos aceptar.

Por lo que a nuestro ministerio afecta, no busquemos alabanza de hombres, pues ésta se sirve de sentimientos vanos y pasajeros; y aunque así nos la otorguen, no merece honra alguna deleitarse en ella, pues en cualquier caso la gloria temporal resulta vacía e inservible para la obra de Dios.

Observamos con claridad cómo Jesús se guió en este mundo exclusivamente por la fe, en obediencia al proyecto por el cual vino, y no por las posibilidades beneficiosas que los hombres le pudieron brindar en aquel momento. Su mirada estaba puesta en el mundo venidero; y ese porvenir glorioso que le aguardaba, solamente podía ser resultado del fruto de su servicio aquí en la tierra, lo cual le llevó a proseguir su camino en obediencia al Padre, haciendo caso omiso a todas las tentaciones que procuraban interferir en sus objetivos.

Jesús, obediente al llamamiento divino, no buscó ni aceptó grandeza alguna que pudiera apartarle de la meta, en el cumplimiento de su deber. Entonces, ¿buscamos nosotros otro objetivo que no sea cumplir con la voluntad de Dios?

La fe sin obediencia, es incredulidad manifiesta.

EJEMPLO DE INTEGRIDAD

Jesús fue un ser íntegro que vivió bajo sus firmes convicciones personales, en contra de la doblez o hipocresía, que a modo de grave enfermedad contagiosa, se extendía entre los círculos religiosos de la época.

«Viniendo ellos (los fariseos), le dijeron: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie (eres tú mismo); porque no miras la apariencia de los hombres» (Mr. 12:14).

La afirmación de aquellos representantes de la religión popular, no podía ser más exacta. Sin embargo, las intenciones que se escondían tras sus halagos, no parecían ser muy sinceras. Estamos de acuerdo en que nuestro Señor fue un hombre veraz, que no se dejó llevar por el aspecto externo, ni mucho menos por lo que los demás pensarán de él. Jesús fue un hombre íntegro, y tenía muy claro quién era y qué venía a hacer a este mundo.

Todos hemos escuchado en alguna ocasión la expresión: «sé tú mismo»; pues bien, esta misma frase podría resumir en breves palabras el significado de la *integridad*. Sin lugar a dudas, Jesús fue un ser que vivió en completa integridad, porque mostró plena coherencia entre sus *creencias, predicación, y manera de actuar*.

Al igual que en la vida del Maestro, habremos de ser fieles y leales con nuestros pensamientos (que deben ser los pensamientos de Dios), y así vivir de acuerdo con toda creencia correcta; revisando al tiempo nuestra vida de forma constante, para modificar aquellos aspectos que entendamos no se relacionan con la voluntad divina.

Aceptemos las declaraciones de aquellos fariseos sobre la identidad de Jesús, y tampoco permitamos calificar a nadie por las apariencias, porque es bien sabido que hay personas que aparentan ser lo que en realidad no son. No nos dejemos impresionar, pues, por el aspecto de espiritualidad externa, las buenas acciones, o los virtuosos dichos.

Aparentar lo que no se es, resulta en falta de integridad, y ésta se produce cuando hay una incoherencia entre lo que pensamos, decimos, y hacemos. Luego, para conseguir imitar la integridad del Maestro, primero tendremos que desechar nuestras creencias erróneas, y cambiarlas por aquellas que son verdaderas, a la luz de la Revelación bíblica. A continuación, estamos llamados, en ese proceso de crecimiento, a ser coherentes entre lo que creemos, decimos, y hacemos.

Aprendamos una vez más de la determinación de Jesús, sabiendo que aquel que vive en integridad, adquiere una configuración clara de su persona, de su vida, y también de su obrar, sin darle mayor importancia a las opiniones externas que no correspondan con la verdadera opinión de Dios. Con tal honestidad, el cristiano tiende a conseguir una personalidad firme y con criterios bien arraigados en la Palabra divina.

Siempre y cuando estemos obrando correctamente delante del Señor, habremos de ser fieles a nuestro corazón, en tanto que somos fieles a Dios; y no nos dejemos llevar por las impresiones, los espectáculos, o la apariencia de piedad que muchos puedan tener. El discípulo de Jesús ha de obrar, en términos generales, con independencia de lo que piensen los demás, teniendo muy en cuenta lo que Dios piensa de nosotros.

Hacemos bien en preguntar si en verdad poseemos una configuración clara de nuestra identidad cristiana... Si es así, ¿somos consecuentes con ella?

«Cuando lo oyeron los suyos (seguramente familiares) vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí (ha enloquecido)» (Mr. 3:20).

El presente texto bíblico puede causarnos una extraña impresión, al ver cómo los propios familiares suponían que Jesús podía estar trastornado. Pero, para entender la postura de sus familiares más directos, deberemos ponernos en su lugar y contemplar las confusas imágenes de alboroto que se producían en torno a la figura del Maestro, quien proclamaba un mensaje revolucionario para aquella época; exponiéndose, al mismo tiempo, a que le apedrearán por defender una verdad que parecía extraña a los ojos del pueblo judío.

Para entonces, como para hoy, el mensaje del cristianismo consecuente puede suponer un verdadero escándalo social, cultural, religioso, y sobre todo, familiar.

Nos sorprende ver la postura de nuestro valiente Maestro, que pese a lo que incluso sus familiares pudieran llegar a pensar de él, no dejó de actuar en consonancia con el ministerio encomendado por Dios el Padre. De esta manera, su integridad se puso de manifiesto en obediencia a los principios del Reino que predicaba, donde según el orden espiritual, los valores de la fe se hallan por encima de las conveniencias familiares.

Así le ocurrió a Jesús, y como es natural también sus seguidores habrán de aceptar que a veces les clasifiquen de «locos». Con todo y ello, si queremos seguir el camino de Cristo, la integridad ha de quedar patente, y el carácter cristiano (que es el de Jesús) tiene que permanecer inalterable. No faltarán las ocasiones en las que deberemos estar dispuestos a ser tratados de *chiflados* por todo aquel que no viva en sintonía con las realidades espirituales, incluyendo si cabe también a los familiares.

Claro está, la integridad puede llegar a perderse cuando se trata de los parientes más directos (sean cónyuges, padres o hijos), puesto que muchas veces los intereses familiares en muchas ocasiones prevalecen sobre los intereses del Reino de Cristo.

Como hemos visto, la integridad de Cristo se mostró en plena obediencia a los mandamientos de la Palabra, sobreponiendo la verdad de Dios a la propia seguridad familiar; procediendo así con perfecta coherencia espiritual y siendo a la vez consecuente con su propia identidad como Hijo de Dios.

Llegados a este punto, consideramos que todo fiel discípulo, pese a las reacciones adversas de sus más allegados, debe conservar el sello que certifique el carácter obediente de Jesús, a través de su propia integridad.

Ser fiel a Dios, consiste también en ser íntegro de corazón.

EJEMPLO DE SANTIDAD

Si bien solamente Jesucristo fue santo, en el sentido absoluto del término, Dios ha separado a los creyentes para formar un pueblo santo, que no viva diluido en los valores de nuestro mundo sin Cristo, sino que por el contrario sea partícipe de su santidad.

«¿Qué es esto (decían los escribas y fariseos), que él come y bebe con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mr. 2:16,17).

Aunque ya discurrimos anteriormente sobre la vinculación que Jesús mantuvo con los pecadores y marginados de la sociedad, ahora procuraremos centrar nuestro pensamiento en su santidad.

Recordemos lo dicho, porque a pesar de la relación que Jesús conservó con aquellos que la sociedad tachaba de pecadores, estamos seguros de que no participó de pecado alguno. Todo lo contrario, su mensaje de amor acompañado del ejemplo de su buen hacer, proveyó a los arrepentidos de un nuevo y esperanzador camino. En esta dirección, Jesús quiso que los hombres se convirtieran de su maldad, y depositasen su confianza en Dios, para que así pudieran guiarse por el verdadero camino de la santidad.

Ahora bien, recurramos al buen juicio, porque separarse del pecado no significa en última instancia apartarse de los pecadores, como bien observamos en el modelo de Jesús. El creyente, que lo es en verdad, no ha sido separado para vivir una vida de aislamiento religioso, donde se abstenga de toda influencia negativa; sino que ha sido separado para vivir junto a Dios, puesto que la santidad proviene de Él, y sólo Dios puede generarla en el cristiano cuando éste se dispone a servirle, en obediencia a su Palabra.

En este sentido, algunos creyentes albergan ideas equivocadas sobre el significado de la *santidad*, y muchos pueden asociar este concepto a una especie de fanatismo religioso. Por supuesto, la santidad no se identifica con el separatismo absoluto de la sociedad, la reclusión monástica de las relaciones personales, o la abstracción de nuestros deberes como conciudadanos, además de otras impresiones erróneas adicionales... Si afinamos bien nuestra perspectiva bíblica, entenderemos que a la santidad tampoco se le atribuye la privación de los placeres que nuestro entorno nos ofrece. En realidad parece contener un sentido inverso. La santidad es como un «filtro» que nos ayuda a los cristianos a disfrutar, con mayor intensidad y en su dimensión correcta, de todo lo bueno que Dios al presente nos provee. Con esta virtuosa condición, el creyente fiel está capacitado para vivir la vida en plena satisfacción, y para disfrutar en santidad de las ricas bendiciones otorgadas por Dios, tanto físicas como espirituales.

Vistos los conceptos expuestos, la *santidad* y la *obediencia* van unidas de la mano, como si de un matrimonio se tratase. Jesús fue santo, entre otros motivos, porque fue obediente a la Ley de Dios.

En definitiva, podemos afirmar que vivir junto a Dios, o separado de Él, es lo que va a determinar la verdadera santidad.

«Y luego el Espíritu le impulsó al desierto. Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás...» (Mr. 1:12,13).

Nuestro Señor fue tentado, es cierto, pero no en el mismo sentido en que lo es cualquier persona. Sabemos que Jesucristo no participó de naturaleza pecadora, por lo que la tentación no fue provocada desde su interior, como puede ser nuestro caso. La tentación del Maestro, promovida por Satanás en el desierto, tuvo que ver fundamentalmente con la prueba de su amor a Dios.

Finalmente, habiendo superado la prueba que tenía por delante, la santidad de Jesús quedó suficientemente demostrada, puesto que en ningún momento sucumbió a las pretensiones del Diablo, siendo obediente a Dios en todo.

Por lo demás, el buen Maestro aceptó con valentía las pruebas que pertenecieron a su propio ministerio, y no desechó la tentación como algo malo en sí mismo. Por ello no debemos confundir tales términos. La tentación es necesaria para que seamos probados y fortalecidos; en cambio, el pecado destruye a la persona que lo comete. Las consecuencias, por lo tanto, son diametralmente opuestas.

Con toda convicción bíblica podemos afirmar que el creyente no es tentado de parte de Dios, sino que la tentación surge de su propia naturaleza caída. Y al igual que ocurrió con Jesús, muchas de las tentaciones pueden ser promovidas por Satanás, el cual utiliza estratégicamente los elementos de nuestro entorno para hacernos caer.

Ahora bien, Dios permite que seamos tentados, pero a la vez también nos da las fuerzas necesarias para que no caigamos, por lo que el sentido de ésta se convierte al mismo tiempo en una prueba de resistencia, para que a su tiempo nuestra fe sea fortalecida, y lo que es más importante, nuestro amor a Dios sea fielmente demostrado.

Así que, la diferencia entre la tentación del creyente y la del incrédulo, en lo que a propósito se refiere, es del todo diferente. Pensemos que el incrédulo ya está caído, y por eso no es tentado de la manera como lo es el creyente. No en vano, Satanás, el enemigo de nuestras almas, pretende debilitar toda vida espiritual... Pese a las grandes tentaciones, el cristiano verdadero y fiel adquiere la facultad para resistirlas, puesto que la capacidad de resistencia proviene del poder del Espíritu que habita en su corazón; y el efecto de la tentación no consumada, a la postre, tendrá un resultado positivo.

Visto en el sentido contrapuesto, el cristiano que no vive desde un estado de santidad, en mayor o menor grado, se encuentra exento de la intervención especial de Dios en su vida, y por consiguiente es muy fácil que caiga en la tentación. El pecado, que provoca un distanciamiento de la presencia de Dios, solamente produce debilidad y predisposición al fracaso.

Si nos preguntáramos cuántas veces puede caer el creyente en la tentación, podríamos responder, con Biblia en mano, que tantas veces como la gracia de Dios, para perdón, sea aplicable a su vida. Pero, en este asunto, sabemos que en cierto sentido la gracia especial de Dios se puede apartar del creyente, cuando éste se desvía conscientemente de la voluntad de Dios, y no desea ser receptor de su bondad.

Al igual que Jesús, no pretendamos escapar de la tentación, pues habrá ocasiones en las que inevitablemente deberemos pasar por ella. Lo importante es no sucumbir; y para tal propósito tenemos la ayuda del Espíritu Santo, que nos ofrece el poder espiritual necesario para soportar cualquier incitación al mal.

Por todo lo dicho, podemos afirmar que la obediencia a Dios se vive por la fe, conforme a la santidad de Jesús, y no por mantener algunos principios de moralidad cristiana u obedecer ciertas reglas eclesiásticas, que en algunos casos se convierten en cargas pesadas y difíciles de llevar.

Concluimos, pues, en que la obediencia a Dios no resulta tanto del «cumplimiento del deber», sino de un estado de santidad, por el cual el discípulo de Cristo, habiendo experimentado su gracia salvadora, busca en todo momento hacer la buena y agradable voluntad del Padre celestial.

Nos preguntamos: si Jesús fue santo, ¿no deberíamos de serlo nosotros también?

La santidad incluye la tentación, no el pecado.

5. JESÚS, EL HOMBRE ESPIRITUAL

Cualquiera que reconozca el modelo de nuestro Señor, en seguida se dará cuenta de que tanto en su predicación como en sus hechos, tuvo muy presente los aspectos más espirituales y trascendentes de la propia existencia humana. Si bien, como ha ocurrido a lo largo de la Historia y máxime llegando casi al final de los tiempos, el concepto de *espiritualidad* se sigue malinterpretando en buena parte de nuestro ámbito cristiano, y no pocas veces es confundido con ciertas corrientes de espiritualidad extrañas a la verdad de Jesucristo.

Reconocemos que la tendencia del ser humano es acudir a los extremos y abandonar el equilibrio. En ese balanceo del péndulo, encontramos una variopinta gama de posibilidades que dan como resultado una espiritualización desequilibrada. Nuestra presente posmodernidad ha creado diversas formas de espiritualidad ajenas a la propuesta bíblica. Y para encontrar el equilibrio, como venimos proponiendo, se hace necesario examinar detenidamente el proceder de nuestro Maestro, tanto en público como en privado. Sólo así lograremos apercibirnos, a través de la comparación, de los extremos tan preocupantes que estamos experimentando en nuestro tan extendido ámbito cristiano.

El apóstol Pablo recoge el sentir del mismo Señor Jesús, y alienta a la iglesia para que no desvíe sus objetivos espirituales: **«Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col. 3:2)**. Si bien la carrera se sucede en la tierra, no perdamos de vista que nuestra meta se sitúa en el nivel más alto y sublime, esto es, en la nueva y perfecta creación que Dios ha prometido para aquellos que le aman.

A continuación consideraremos algunos aspectos sobre la verdadera espiritualidad, y la manera como Jesús la expresó en su vida diaria.

EJEMPLO DE ESPIRITUALIDAD

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mr. 13:31).

Esta frase concluyente, digna de ser enmarcada y recordada a menudo por todo creyente en Cristo, nos lleva a discurrir sobre la visión tan especial que Jesús mantuvo acerca de nuestro mundo pasajero. El cielo y la tierra, como hoy los conocemos, poseen fecha de caducidad. Y con esta imagen temporal, la visión del Maestro en sus expresiones más teóricas y prácticas, trascendía a los planteamientos puramente terrenales, otorgándole la máxima categoría a aquellos proyectos que alcanzan implicaciones de eternidad.

Jesús practicó su espiritualidad en conexión con aquellos eventos de carácter futuro, según las reglas del mundo venidero. Su discernimiento de la existencia sobrepasaba lo meramente pasajero, concediendo a esta vida transitoria unos valores espirituales que, según la Palabra de Jesús, abarcan verdaderas consecuencias en el nuevo orden de cosas; de tal forma que lo que hagamos aquí en este mundo, asumirá visibles consecuencias en la eternidad.

En oposición a esta forma de pensar, con frecuencia miramos absortos la propia situación terrenal que nos envuelve, y por ello descuidamos aquellos aspectos que se extienden más allá del tiempo y del espacio de nuestras limitaciones temporales. En todo su ministerio vemos que Jesús habló con naturalidad del amor, de la misericordia, del perdón, de la fe, y así consiguió trasladar, de una forma espontánea, las cosas del cielo a un plano terrenal, para que nosotros las pudiéramos entender. Y lo hizo descubriendo su auténtica espiritualidad, tanto por medio de sus palabras como de sus acciones. Esta misma vida llena de amor, era percibida como reflejo de su relación con Dios, a quien tenía presente en cada momento.

De esta manera, aprendemos del modelo de Cristo, que la verdadera espiritualidad surge del interior de la persona que acepta a Dios en todos sus caminos, y asimismo reconoce la importancia que poseen aquellos proyectos de orden vital y resultados imperecederos.

Visto el ejemplo, descubrimos que la espiritualidad de Jesús se mantenía en estrecha relación con Dios y con los asuntos de carácter eterno. Su valoración de las relaciones personales, del trabajo, de la familia, de los bienes materiales, y demás cuestiones temporales, venía marcada por un profundo estado de comprensión espiritual, que orientaba su forma de pensar y de actuar según la razón última de la existencia humana.

Igualmente nos percatamos de que la espiritualidad de Jesús no fue asunto de fórmulas religiosas, sino que ésta constituía un todo, valiéndose así de un enfoque verdadero y realista de la vida cotidiana. Su manera de proceder, al tiempo, le mantenía desprendido de la mentalidad materialista de su entorno, conservando un punto de vista de la existencia eminentemente espiritual. Y con este significado trascendental, aprendemos de Jesús que el futuro debe integrarse en el presente, pues sólo así adquiere el verdadero sentido de unidad que le corresponde.

Hagamos un paréntesis y preguntémonos acerca de nuestro grado de espiritualidad, de nuestro punto de vista sobre la vida, o de la concepción que mantenemos sobre los asuntos terrenales.

Consideremos el modelo de Cristo, porque la misma dimensión espiritual con la que el Maestro planteó la vida, es la que debe perdurar en el camino de todo discípulo suyo.

La palabra de Jesús permanece para siempre, por ello haríamos bien en reconocer si estamos viviendo para el hoy, o para la eternidad...

«Y lo que a vosotros digo, a todos (incluido nosotros) lo digo: Velad» (Mr. 13:37).

Reflexionando sobre el significado de esta advertencia, observamos que mientras los discípulos dormían, Jesús se fue a orar. Y cuando terminó, aprovechó esa escena tan onírica para ilustrarles la necesidad de mantener los ojos bien abiertos en lo que respecta a la vida espiritual... También a veces Dios tiene que avisarnos del grave peligro que corremos si descuidamos la salvación que poseemos, además de llamar nuestra atención para que asimismo conservemos un estado de alerta en el presente caminar diario.

Podemos apreciar que, por lo general, en nuestro actual Cristianismo adormilado existe una falta de interés por las cosas espirituales, porque visto el tema desde un enfoque temporal, no parece que podamos recibir aquí algún beneficio de nuestra labor; y la rentabilidad (hablando en términos humanos) que nos pueda ofrecer, se prevé a muy largo plazo. Así que, algunos prefieren dedicarse a los asuntos terrenales, que parecen dar hoy más beneficio –por lo menos económicos–, que a los celestiales... Es verdad, a veces centramos nuestro máximo interés en los proyectos relacionados con este mundo pasajero, y muy poco interés nos despiertan los asuntos de carácter eterno.

Ocurre también, que debido a la práctica rutinaria de la vida cristiana, se puede generar una especie de «cansancio espiritual»... En sus primeras fases esta dolencia suele provocar una clase de *somnolencia*, que no suele distinguirse con claridad. Ahora, una vez se han desarrollado los síntomas, y sin que apenas nos percatemos, el enfermo se hallará durmiendo plácidamente en su cómodo lecho de insensibilidad espiritual. Por esta razón, es necesario que la iglesia continúe velando, en constante renovación, para que no se estanque en esa especie de letargo del que estamos hablando.

Es cierto que si no ponemos remedio al cansancio espiritual, podremos caer en un estado de adormecimiento (que no es otra cosa que apatía) de tal magnitud, que hará difícil atender a los asuntos celestiales con verdadero cuidado y esmero: **«a todos lo digo: Velad».**

Hagamos nuestro el consejo del Maestro, y levantemos nuestra mirada vigilante como un centinela, poniendo atención especial a los acontecimientos, así como un verdadero interés por la realidad espiritual que nos envuelve.

Aprendamos otra vez del modelo de Jesús, y mantengamos nuestra mente conectada con el mundo espiritual, a través de la meditación bíblica y la oración, principalmente; resguardando nuestro caminar de todo aquello que pueda impedir el necesario progreso de la vida cristiana.

Nos preguntamos: ¿estamos poniendo el interés que merece nuestra vocación?

Saber discernir el futuro, hace que vivamos una espiritualidad presente.

EJEMPLO EN LA ORACIÓN

Jesús nos brinda su ejemplo en la devoción espiritual que conservó en relación con su Padre celestial. Y esta devoción se mostró claramente, y de una forma especial, a través de la incesante práctica de la oración.

«Sentaos aquí, entre tanto que yo oro» (Mr. 14:32).

La oración constituye el gran soporte de nuestra relación con Dios, así como de toda estabilidad espiritual. Jesús oró, y lo hizo en muchas y diversas ocasiones. La práctica de la oración permaneció en el orden diario de las prioridades que ocupó el ministerio del Maestro, siendo básicamente un estilo de vida, y no una mera obligación religiosa.

Esta breve cita que hemos leído, es suficiente para hacernos comprender que la vida de Jesucristo fue una ofrenda agradable a Dios. Así, era consciente de que todo su ser y su obrar tenía sentido desde la relación de amor y dependencia con el Padre. Esto explica que la oración de Jesús realizada en la intimidad, no consistió en ofrecer a Dios unos periodos devocionales más o menos largos, sino en el don de sí mismo: todo su ser dependía del Padre celestial, así como su vida y sus acciones, por lo que su existencia completa fue un perfecto y agradable acto de culto a Dios.

De manera inversa a lo mencionado, y visto el modelo de Cristo, algunos conciben la oración a modo de rito y costumbre; o lo que hoy parece más habitual, a modo de una fórmula mágica para conseguir cosas. Es mucho más sencillo que todo eso: la oración es algo tan normal como hablar con Dios. Y el *hablar* (audiblemente o en silencio) es el medio por el cual nos comunicamos con nuestro Creador: para en primer lugar adorarle y agradecerle las bendiciones recibidas, además de realizar, naturalmente, las peticiones que se avengan a su buena voluntad.

Desde luego Dios no necesita de nuestras oraciones, ni tampoco suponen un mérito por el cual conseguimos sus favores. La idea se dirige más bien a que seamos conscientes de nuestras necesidades, y por lo tanto dependamos de Él en todo momento. Con ello se consigue una correspondencia espiritual, donde se descubren las verdaderas intenciones del corazón. Sólo entonces nos daremos cuenta de nuestro pecado, pobreza espiritual, e insuficiencia para cumplir la voluntad de Dios; y desde esta correcta impresión, no nos quedará más remedio que depender de su gracia absoluta.

La espiritualidad de Jesús, por tanto, tuvo su manifestación en esa relación especial de comunicación con su Padre celestial. Vemos que en los momentos tan específicos que antecedieron a su calvario, la comunión que se produjo entre Jesús y el Padre, fue de vital importancia, obteniendo de este modo las fuerzas sobrenaturales para poder resistir la prueba que le estaba por venir, que de otra forma no hubiera podido soportar.

Indudablemente el Señor pudo convocar a sus discípulos para que se realizara una reunión de oración colectiva. Pese a todo, y aun siendo momentos en los que necesitó el apoyo de sus amigos, Jesús ofreció un papel relevante a la oración en forma particular: **«entre tanto que yo oro».**

No existe otro procedimiento para fortalecer la vida cristiana. La comunión con Dios es el motor que acciona toda vida espiritual, y ésta se ejercita principalmente por medio de la oración individual.

Efectivamente, la expresión sincera de nuestros deseos, así como la demostración de nuestro amor a Dios, entre otras buenas maneras, se realiza a través de la oración. Por esta razón esencial, la oración no cambia sólo las circunstancias, sino que por la acción divina logra cambiar primero los corazones. Y lo maravilloso es que a partir de esa experiencia de transformación interior, las circunstancias cobran el sentido correcto que deben tener.

Si por lo visto Jesús necesitó de la oración, ¿por qué, entonces, parece que hoy podemos prescindir de ella?

«Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro (el momento), salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba» (Mr. 1:35).

Mucho podría hablarse acerca de la oración, tanto en forma pública (en la iglesia, la familia...) como en forma privada (en secreto a Dios). Si bien sabemos que no debemos descuidar la oración en la comunidad, hallamos que ésta solamente tiene sentido en tanto que se mantiene la oración individual.

Una vez leído el ejemplo de Jesús, podemos admitir que alguien se levantara de madrugada para realizar ciertas labores: trabajar, marchar de viaje, acudir a sus vacaciones veraniegas, o inclusive atender a un enfermo, u otras obligaciones perentorias. Pero, por lo común, a nuestro mundo le parece extraño que alguien se levante de madrugada para mantener un encuentro espiritual con Dios. A pocas personas se les ocurriría tal cosa, máxime en una sociedad donde la espiritualidad es cosa del pasado, ya que al parecer ha quedado trasnochada y relegada a los antiguos personajes de la religión contemplativa.

Por lo que deducimos del texto, comprobamos que durante el día Jesús no tenía demasiado tiempo para estar solo. Probablemente su agenda era demasiado apretada para encontrarse en privado con Dios. Por eso, el momento escogido por el Maestro para poner en práctica su vida devocional, en aquellas circunstancias especiales, fue en la madrugada.

El principio de espiritualidad que encontramos en esta enseñanza, es que no debemos dejar pasar el día sin presentarnos delante de Dios, donde la oración y meditación bíblica sea una realidad manifiesta.

Si disfrutamos de suficiente tiempo libre, no será tal vez necesario levantarse de madrugada. Ahora, si no podemos obtener un recogimiento a solas con Dios durante las horas del día, por causa de nuestro trabajo, obligaciones familiares, e inclusive ministerio cristiano, no nos quedará más remedio que hacer como Jesús y levantarnos de madrugada.

Todos necesitamos, como el aire que respiramos, ciertos momentos de retiro espiritual con Dios en el desierto (algún lugar solitario). Buscar un rincón, pues, donde nada interfiera en nuestra relación con el Padre celestial, resulta ser de vital importancia para gozar de una salud espiritual por lo menos equilibrada.

Reparando en nuestra vida tan ajetreada, parece hacerse cada vez más necesario mantener diariamente la buena costumbre de hablar con nuestro Padre amado. Ello, además, nos permitirá adquirir conocimiento de nuestro verdadero estado espiritual, siendo transformados en ese nivel de autoconciencia, donde el Espíritu todo lo escudriña, e intercede por nosotros delante de Dios.

Tengamos a bien seguir el modelo de Cristo, y reservar cada día un tiempo y un lugar, estableciendo así el particular santuario donde pongamos en práctica el ejercicio de nuestra relación con Dios... porque el buen Padre celestial así lo está esperando.

La oración no siempre cambia las circunstancias, pero sí los corazones.

EJEMPLO DE FE

La vida de Jesús mostró el claro ejemplo de una fe encarnada, donde la espiritualidad no se expresó en forma abstracta, sino que al tiempo se convirtió en hechos concretos. De esta manera, observamos que el Maestro en ningún caso propuso una fe indefinida que se pierda en el «universo cósmico», sino más bien práctica y demostrable, como bien logró manifestar a lo largo de su ministerio.

«Saliendo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos. Maestro, mira qué piedras, y qué edificios (el templo construido por Herodes). Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada» (Mr. 13:1,2).

Como apreciamos en el texto bíblico, el discípulo de Jesús quedó maravillado por el esplendor de la construcción de aquel hermoso templo; y sintiéndose orgulloso de tal magnificencia, quiso involucrar al Maestro en su misma impresión de la vida.

A continuación, el contraste que se produjo entre la declaración del Maestro y la observación de su discípulo, fue claramente discordante. Mientras el discípulo se dejaba deslumbrar por lo que veía con sus ojos, Jesús le mostró que todo aquello creado por la mano del hombre carecía de importancia en relación con las cosas futuras, y por ende, aquella magnífica edificación estaba dispuesta para ser derribada.

El impacto que recibió aquel seguidor de Jesús, le llevaría posteriormente a pensar que no tenía que aferrarse a este presente tan inseguro, a pesar de la grandiosa apariencia, sino a Dios mismo, que es quien finalmente dirige los hilos de la Historia.

De esta manera, el Maestro enseñó a su apasionado discípulo, que debía vivir exclusivamente por fe y no por la vista. Así, pues, aprendemos que la seguridad que pudieran ofrecer las construcciones humanas, el poder civil, o la gloria salomónica de los majestuosos edificios, no son en modo alguno comparables con la vida de fe del verdadero seguidor de Jesús, el cual camina hacia la seguridad de un excelente futuro en la eternidad.

Tomando ejemplo de nuestro Señor, aprendemos que para que la fe adquiriera una dimensión correcta, nuestro servicio debe ser realizado siempre bajo una perspectiva de eternidad...

Como bien se hizo notar, la fe de Jesús no contempló la grandiosidad pasajera de este mundo, porque no obstante poseía la plena convicción de que la «gloria venidera» se descubrirá en el futuro con excelencia de eternidad, y así todos aquellos que hoy mantienen su fidelidad a Dios, serán partícipes del magnífico esplendor que se ha de manifestar en los tiempos venideros.

«Al ver Jesús la fe (la fe se puede ver) de ellos, dijo al paralítico...» (Mr. 2:5).

Si bien leemos en el pasaje, no se revela la fe del paralítico, aun suponiendo que la tuviera. En tal caso, se destaca la fe de aquellos que llevaban al paralítico a costas para ser sanado. Al igual que en el relato bíblico, la espiritualidad verdadera también se distingue por medio de los actos de ayuda mutua; motivo por el cual, nuestro corazón debe liberarse de la fe pasiva que sólo se ejerce en la esfera de la individualidad. De tal manera, Jesús recibe con máximo agrado la fe de la comunidad que intercede por su prójimo de una forma evidente y no sólo imaginaria.

Del texto leído, debemos subrayar que el paralítico no podía trasladarse por sus propios medios, y por ello necesitaba el apoyo de la comunidad. Con este ejemplo, Jesús le concede un papel de máxima relevancia a la fe colectiva (la fe de la comunidad). Así, nuestro Señor pudo percibir la fe de los acompañantes, porque en este caso no fue teórica, sino la clara evidencia de una espiritualidad esencialmente práctica.

Con esta disposición a servir, la fe de aquellos familiares o amigos del paralítico, fue demostrada en la rápida asistencia que le brindaron para que tuviera un encuentro liberador mediante el poder de Jesús; empleando con ello un gran esfuerzo físico, que luego se vio recompensado por el milagro efectuado.

Ante aquella escena tan peculiar, notamos que Jesús no puso su mirada en el enfermo o en su imposibilidad; tampoco en el esfuerzo que realizaron sus amigos, ni en las estrategias para llegar al lugar donde se encontraba el Señor. Fue la fe en acción, particularmente, lo que atrajo la atención del buen Pastor: **«Al ver Jesús la fe de ellos»**.

Apreciemos la enseñanza, porque si el Maestro se fijó en la fe de la comunidad, ¿en qué nos fijamos nosotros hoy? Si además le otorgó un valor tan magno a la fe, en su dimensión colectiva, ¿por qué, entonces, parece ser tan poco válida para nosotros? De forma análoga al ejemplo expresado, consideremos también cristianos que puedan hallarse en una lamentable situación de parálisis espiritual, y por ello necesitan la fe de la comunidad. Luego, si no existen hermanos allegados que pongan en práctica su fe, para ofrecer su mano de generosa ayuda, ¿cómo, pues, podrán ser liberados de esa parálisis?

Pensemos sobre lo mencionado, porque es cierto que la fe genuina proviene de Dios, la cual otorga a todos aquellos que le buscan de corazón. Sin embargo, en lo que al buen obrar respecta, la fe también constituye parte de nuestra actitud, de nuestra disposición; es una virtud que se ejercita primeramente en el corazón, y por lo tanto está en nuestra mano el hacer uso de ella. En consecuencia, somos responsables de mostrar, a través del buen caminar diario, una fe visible que nos identifique como verdaderos discípulos de Jesucristo: **«la fe de ellos»**.

Distingamos bien dicha instrucción, porque el amor verdadero y la fe práctica, son los pilares donde se construye todo servicio cristiano. Así, el amor constituye el motor que impulsa nuestra vida espiritual; y la fe, por otro lado, representa el vehículo que transporta ese amor hacia los demás.

La fe que no alcanza una repercusión colectiva, no es suficiente para Jesús.

EJEMPLO DE SENSIBILIDAD

Toda actividad cristiana bien encauzada ha de incorporar una adecuada sensibilidad, que asimismo habremos de saber aplicar en nuestro trato personal. En esto, la espiritualidad de Jesús también mostró una gran sensibilidad, que con verdadero equilibrio desarrolló de distintas formas en su relación con el prójimo.

«Entonces, mirándolos alrededor (a los fariseos) con enojo (Jesús se enfadó), entristecido por la dureza de sus corazones...» (Mr. 3:5).

Nos situamos en el pasaje en el que Jesús realiza un milagro: la mano seca de un hombre es restaurada... Ahora, si examinamos la actitud de los dirigentes religiosos de aquella época (en este caso los fariseos) frente al milagro obrado, nos daremos cuenta de que ellos vivían su espiritualidad bajo el cumplimiento estricto de las normas legales, aplicando un énfasis especial a la tradición judía. En verdad eran muy correctos en las formas religiosas, pero, por lo que podemos deducir de los relatos bíblicos, muy poco les importaban las personas. No es otra la visión espiritual que parece estar hoy de moda, enmarcada en un cristianismo que en buena medida es mal entendido y peor practicado.

Advertimos que la interpretación de la Ley que habían hecho estos líderes de la espiritualidad, se situaba sobre la Ley misma. Por ello, el beneficio que una persona pudiera recibir en sábado (día de reposo), no lo contemplaban como un acto de amor de Dios, sobre todo debido a su rígida comprensión de la Ley, convertida ésta en «legalismo». La *norma*, para ellos, se situaba por encima de la *vida*. ¿Hemos detectado alguna vez esta mentalidad...?

Seguramente que en cada uno de nosotros hay algo de dureza, y por tal razón debemos seguir aprendiendo de Jesús, quien cumpliendo la Ley de Dios a la perfección, nos enseñó con su buen obrar que la Ley le otorga preferencia a la *vida* antes que a la *norma*. En este encuentro tan señalado, la sensibilidad del buen Pastor le llevó a mostrar su actitud de enojo ante la conducta mezquina de aquellos administradores de la Ley: **«mirándolos alrededor con enojo»**.

Así que, tomando ejemplo del Maestro, también sus discípulos, en caso necesario, poseen licencia para enfadarse; sin llevar a extremos la enseñanza, claro está, porque en ningún modo tenemos derecho al arrebató de violencia. Si atendemos al texto bíblico, observamos que la reacción última de Jesús ante esta lamentable situación, fue de tristeza y en ningún caso de cólera: **«entristecido por la dureza de sus corazones...»**.

La sensibilidad del Maestro, vista como un ejemplo para seguir, acoge unos sentimientos que poco se ajustan a las extravagancias sentimentalistas que se producen en nuestro extremado cristianismo. Antes bien, las emociones de Jesús tienen que ver fundamentalmente con la piedad en sus formas prácticas, que obra principalmente por el amor hacia el prójimo. Por tal motivo su enojo no se convirtió en ira, sino que fue causa de tristeza, al ver el corazón endurecido de los principales representantes de la religión oficial, y seguidamente comprender la repercusión que tendría para el pueblo judío.

En contra de la actitud indiferente de aquellos fariseos, la espiritualidad de Jesús no se mostró insensible a las necesidades ajenas, como tampoco a la falsa religión. Su sensibilidad y manera de relacionarse con el prójimo, le llevó a descubrir una gran humanidad en su servicio, y sobre todo un celo santo por el adecuado cumplimiento de la Palabra de Dios.

«Y levantando los ojos al cielo, gimió...» (Mr. 7:34).

Son momentos en los que Jesús sana a una persona sordomuda. Y observamos la manera como el contacto con aquel discapacitado, le hizo sentir las trágicas consecuencias del fracaso del hombre: **«gimió...»**. La sensibilidad de Jesús llegó a tal magnitud que, suspirando profundamente, logró identificarse con el pecado y la frustración del ser humano; aunque no con el pecado en sí mismo (entiéndase), sino más bien con las personas que hasta el día de hoy lo sufren a causa de él, bien sea justa o injustamente.

Debemos confesar que en muchas ocasiones nuestros sentimientos parecen inamovibles al observar las catástrofes humanas, pues seguramente estamos demasiado acostumbrados a ellas. Pero, en cambio, del corazón de Jesús surge un verdadero clamor, al ver los estragos causados por la determinante rebelión del hombre contra Dios.

El ejemplo de Jesús nos enseña que los sentimientos bien encauzados poseen un carácter positivo. No debemos confundir, entonces, la sensibilidad espiritual con las emociones autoprovocadas, que parecen buscar solamente el placer del sentimiento. A saber, la sensibilidad tiene que ver con las emociones *controladas*, no con las pasiones *desordenadas*.

Entendemos que la espiritualidad incorpora la buena vibración del estado emocional, que en armonía con la Palabra divina pone en alerta nuestros sentidos. Y éstos, asimismo, nos ayudan a relacionar adecuadamente las cosas espirituales con los asuntos terrenales, buscando hacer la voluntad de Dios más cabal y perfecta, como venimos observando en la vida del Maestro.

Así es, una espiritualidad bien concebida debe permanecer sensible a la voz de Dios, a la dirección de su Espíritu, a su Palabra; pero también a los acontecimientos que nos rodean: a la pobreza, a la soledad, a la enfermedad, y demás adversidades; como también a la falsa religión, a la hipocresía, al pecado... De esta manera, nuestros sentimientos bien orientados, conforme al pensamiento divino que contempla todos estos asuntos prácticos, nos llevarán irremediabilmente a obrar con verdadera sensibilidad espiritual, que por otro lado es la que debe manifestar todo discípulo de Cristo.

Contrariamente a lo dicho, observamos lamentablemente que la *espiritualidad* permanece ausente en muchos lugares, donde se vive un cristianismo frío en las relaciones personales, e indiferente a las necesidades ajenas.

Procuremos, pues, desprendernos de la desidia que nos rodea, y contemplemos la maravillosa forma en que nuestro Maestro aplicó su gran sensibilidad, para así aprender de la manera como él mismo procedió en sus excelentes relaciones interpersonales.

No podemos ser tan sentimentales para con Dios, y tan insensibles para con nuestro prójimo.

5. JESÚS, EL SIERVO SUFRIENTE

Una de las facetas más difíciles de imitar, consiste en reproducir la gran capacidad que Jesús tuvo para asumir el sufrimiento desde una vida sencilla y altamente servicial.

Nos complace saber que el cristianismo se puede vivir en un estado de paz y gozo permanente. Sin embargo, en muchas ocasiones ese estado de felicidad se ve compartido inevitablemente con situaciones de sufrimiento. Y pese a esta gran paradoja, hemos de admitir que las dos experiencias contrapuestas resultan perfectamente compatibles.

Estamos de acuerdo en que Dios no desea el sufrimiento de nadie, pues éste no se aviene a los principios de su carácter bueno y santo. Pero, no obstante, sabemos que el pecado ha impregnado todo nuestro ser (cuerpo y alma), y por ahora, hasta que no entremos en la eternidad, los cristianos transitamos por este mundo expuestos a sufrir sus nefastas consecuencias. Con todo, es preciso saber que Dios utiliza la aflicción en la vida del creyente como un medio útil para enderezar su corazón estropeado, y así hacerle más consciente de las graves implicaciones que tuvo la «caída» del hombre. Sólo de esta forma nuestra limitada mente interpretará mejor los designios de Dios, en un mundo donde el dolor y el caos parecen estar reinando.

Según advertimos en el modelo del Maestro, en ninguna ocasión observamos que promoviera la teología de la diversión, pero asimismo tampoco contempló el sufrimiento como algo malo, sino como un instrumento que, visto desde la intervención divina, es capaz de transformar decisivamente el corazón del ser humano.

En este aspecto, la vida cristiana no consiste en querer alcanzar una sensación constante de irresponsable alegría. En muchas ocasiones el dolor y las experiencias amargas estarán presentes; aunque en ningún caso carecerán de significado, sino que lograrán un propósito especial en el proceso de madurez de todo cristiano fiel. Con este objetivo, la finalidad bíblica del verdadero discípulo se dirige hacia la formación del carácter de Jesucristo, procurando conseguir la impresión de una vida cada vez más parecida a su persona.

El ministerio de Jesús transcurrió por un camino doloroso, en un continuo devenir de sinsabores. Pocas fueron sus alegrías, y menos sus diversiones... Su mirada estaba puesta en el fruto de su dolor, esto es, en la salvación que su muerte traería al mundo.

Con este pensamiento se nos insta a proseguir nuestro camino, aceptando los periodos de sufrimiento que no podamos evitar, como algo útil en manos de Dios. **«He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren» (Stg. 5:11).**

EJEMPLO DE SENCILLEZ

«Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal» (Mr. 4:38).

Antes de calmar la tempestad, Jesús se encontraba durmiendo en la popa de un barco. A continuación, el texto bíblico nos muestra el cansancio lógico de nuestro Señor, que por otra

parte era propio de su verdadera humanidad. Jesús fue (y es) humano, y como tal experimentó las necesidades propias de los humanos (hambre, sed, sueño...). Ahora, el hecho de que se durmiera entre tanta turbulencia, nos enseña que Jesús estaba realmente muy cansado, dándonos a entender que tenía poco tiempo para dormir, debido ante todo a que su ministerio le ocupaba gran parte del día.

Destacamos, como venimos haciendo, la verdadera humanidad de Cristo vivida en sencillez, con todas las incomodidades, calamidades y penurias por las que tuvo que pasar.

Apliquemos a nuestra vida el ejemplo del Maestro, porque pese a toda adversidad, notamos que no se quejó en ningún momento: por tener poco tiempo, por estar cansado, por carecer a veces de lo necesario, por privarse de comodidades... Esta actitud, desprendida de todo egoísmo, nos indica que el centro de las preocupaciones de Jesús no se situaba en la búsqueda de su propio bienestar personal, sino en el cumplimiento estricto de la voluntad de Dios.

El modelo expuesto nos presenta un claro contraste entre la vida de Cristo y algunos que, teniéndolo todo, se quejan por aquello que creen que les falta. En cambio, sin tener posesión alguna, Jesús vivió como siervo sufriendo una vida de verdadera entrega a Dios, y de servicio al prójimo.

Reflexionemos a este respecto, y preguntemos si se juzga razonable buscar la acumulación de bienes materiales, cuando sabemos que al final éstos se van a quedar aquí, en este mundo... En verdad nuestra comparación no debe hacerse con la sociedad que nos envuelve, cada vez más complicada y materialista. Sino que, como discípulos del Maestro, nos corresponde contemplar su modo de vida para desear imitarlo: una vida que no se amoldó a los esquemas de la sociedad en la que vivió.

Nuestro buen Señor, con verdadero espíritu de sacrificio, supo mantener en todo tiempo una vida sencilla, siendo ejemplo al mundo –sobre todo al cristiano–, para que, siguiendo su enseñanza, no nos dejemos atrapar por esa horrenda mentalidad hedonista que intenta separarnos cada vez más de Dios, y por lo tanto del mensaje de Cristo.

Resaltemos el ejemplo de la condición humana de Jesús, porque también los creyentes deberemos aceptar, con toda paciencia, las debilidades propias de nuestra humanidad presente.

«¿No es éste el carpintero?... Y se escandalizaban de él» (Mr. 6:3).

La declaración impertinente de aquellos que escuchaban al Maestro en la sinagoga, después de oír sus palabras y quedar maravillados, no parecía nada extraña, dado que Jesús carecía de categoría espiritual reconocida, y probablemente por tal razón no podían dar crédito a sus palabras: **«Y se escandalizaban de él»**.

Al parecer, en aquellos tiempos, la condición religiosa era de suma importancia para obtener cierta credibilidad sobre los asuntos espirituales. Tanto es así, que para los que presenciaron el acontecimiento en la sinagoga, Jesús era solamente «el carpintero», sin más... Por ello se escandalizaron de él, por no poseer el reconocimiento oficial del momento. La baja posición social y religiosa de Jesús, tal vez provocó en sus contemporáneos un sentimiento de vergüenza (se escandalizaban de él), y seguramente a muchos les ocasionaría una sensación de superioridad, al comparar sus respectivas categorías, bien fuesen sociales o religiosas.

Fijemos bien nuestra mirada en el supremo ejemplo de Cristo, porque siendo Dios todopoderoso, escondió su gloria para llegar a ser **«el carpintero»**. En cambio, nosotros, siendo nada, en ocasiones jugamos a ser «dioses». ¡Qué diferencia tan abismal, y qué ejemplo tan contradictorio el nuestro!

Por desgracia, algunos hoy se fijan más en la *posición* que en la *vocación*; otros confían más en los *títulos* que en los *dones*... Por el contrario, el Señor de señores y Rey de reyes no poseyó titulación alguna, no tenía elevada posición social o religiosa, y carecía de todo

reconocimiento oficial. Sin embargo, nadie predicó mejor que Jesús, nadie tuvo más autoridad que él, nadie pudo superar la calidad de su ministerio... Seguro que ninguno de los que estaban allí presentes, pudo señalarle en algún defecto o rebatir sus extraordinarias enseñanzas.

Para Dios, Jesús tenía el mayor rango religioso que pudiera haber, jamás concedido a nadie: «Hijo de Dios», y asimismo fue el ser humano que poseyó la máxima categoría espiritual, ya que ésta provenía directamente del cielo.

De tan maravilloso ejemplo, aprendemos que el servicio a Dios no se debe a nuestra *profesión*, sino a nuestra *vocación*; no proviene tampoco de la *formación teológica*, en primer término, sino de la *encomendación divina*.

La sencillez del Maestro fue tan brillante que, lejos de formalismos religiosos, supo imprimir el carácter auténtico de lo que significa servir a Dios. Un servicio que se desarrolló fuera de la Institución, pero cuya gran efectividad fue manifiesta por todos los que le escucharon y así se beneficiaron de su ministerio.

Al igual que ocurrió en la vida de Jesús, no podemos contemplar hoy una vida cristiana del todo eficiente, sin que sea verdaderamente sencilla.

«Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos» (Mr. 15:28).

La crucifixión de Jesús, aparte de señalar descriptivamente el momento álgido de sufrimiento por el que tuvo que pasar, nos muestra además la condición más baja a la que un hombre, máxime siendo judío, pudo llegar en aquella época, esto es, a ser crucificado por los soldados romanos: sus opresores paganos.

Con todo, al Dios hecho hombre no le importó ser despreciado, como un delincuente común rechazado por la sociedad «justa» del momento, porque para él lo más importante fue cumplir con el propósito por el cual había venido a este mundo: salvar a los pecadores.

Por otro lado, si pensamos en las motivaciones más internas del ser humano, debemos admitir que el hombre alberga en el corazón claros sentimientos de inferioridad, que a veces pueden provocar una búsqueda ilícita de reconocimiento personal.

Ocurre que, para contrarrestar esos sentimientos, que en mayor o menor medida todos podemos tener, los hay que se lanzan a una búsqueda frenética de la «gloria temporal» que haga compensar tales emociones hostiles. Con esta disposición, todo ministerio parece centrarse en uno mismo y en su propia realización, porque con ello la persona logra sentirse útil, querida por los demás, y admirada por los nombramientos; logrando así el bienestar que le proporciona la buena reputación. Es verdad, en oposición a la actitud entregada de Jesús, sobresale la actitud esquiva de muchos, que al parecer no desean ser contados con los inicuos.

El gran Maestro puso el énfasis de su ministerio en ser tal cual, aceptando su humilde condición social, y resistiendo así a todo deseo de aparentar grandeza alguna: **«Y fue contado con los inicuos»**. Por lo demás, el reconocimiento del Padre le fue suficiente para realizar la obra.

Finalmente, si creemos que lo que va a prevalecer por la eternidad es la Palabra divina, deberemos en consecuencia anhelar el cumplimiento de sus decretos, así como en todo momento se cumplió en Jesús, hasta su muerte: **«Y se cumplió la Escritura»**. Si de esta forma buscamos que la Escritura se haga efectiva en nuestra vida, a veces también habremos de aceptar que nos señalen entre los malhechores, y no entre los justos.

A Jesús no le importó ser contado con los inicuos, dado que en todo momento procuró desechar la vanagloria terrenal... Y nosotros, ¿con quién queremos ser contados?

La sencillez de la vida de Jesús, no pudo tapar el esplendor de su grandeza.

EJEMPLO DE VALENTÍA

«Respondiendo (a los fariseos) él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí» (Mr. 7:6).

Hoy vivimos en un tiempo donde la religión está cada vez más extendida, cierto. Pero, desdichadamente, a esta propagación religiosa también le acompaña una actitud que podríamos calificarla de enfermedad peligrosa y extremadamente contagiosa: la llamada *hipocresía*.

La doble moralidad que habían adquirido los líderes religiosos de la época (escribas y fariseos), les otorgaba el merecido título de *hipócritas*. Claro está que llamar hipócrita a alguien pudiera parecer una grave ofensa, por cuanto el término ha adquirido en nuestros días una connotación marcadamente ofensiva. Desde luego que debemos pensarlo muy bien antes de inculpar a una persona de hipócrita, o aplicarle cualquier calificativo que pudiera ser claramente despectivo. Pero, sin embargo, al igual que actuó Jesús, habrá situaciones especiales donde a cada uno habrá que llamarle por su nombre. Y para ello se requiere valentía, naturalmente, además de estar dispuesto a sufrir las consecuencias de toda posible confrontación: **«Respondiendo él, les dijo: Hipócritas».**

Bien es cierto que todos participamos, de algún modo, de esa hipocresía generalizada. Sin embargo, la «actitud farisaica» respondía al estereotipo del hipócrita por decisión propia. Comprendamos bien, porque una cosa es participar (con los peligros de llegar a ser), y otra cosa es poseer una clara identidad donde la *doble moralidad* sea el rasgo que defina la personalidad del individuo. Así, pues, el que participa de la hipocresía y se deja llevar por ella, sin poner remedio a tan engañoso proceso, bien puede llegar a endurecer de tal forma su corazón, que ya no logra darse cuenta del grado de hipocresía que ha conseguido: tan evidente para los demás, pero tan inconsciente para él mismo.

Destaquemos especialmente la actitud de valentía que mantuvo nuestro Señor, al enfrentarse con el poder de la religión popular: una religión fingida a causa del orgullo religioso, reinante entre sus líderes, que por otra parte él debía denunciar: **«Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí».**

Hemos de reconocer que para descubrir el pecado hay que ser valiente, porque nos exponemos a ser rechazados, criticados, menospreciados... y con mayor razón si se trata de los líderes de la religión oficial. Aunque, la verdad sea dicha, es mejor ser rechazados por el hombre, que no serlo por Dios.

Visto el ejemplo de Jesús, notamos que la valentía es una cualidad que no se suele observar con demasiada frecuencia en la vida de muchos cristianos. Nuestra falta de fe por momentos nos acobarda, y nuestros sentimientos encontrados nos paralizan a la hora de responder a cada uno según conviene. Por el contrario, nuestro Señor mostró gran coraje, y no huyó de las contrariedades que le pudieron sobrevenir en su ministerio. Podemos pensar, en este ejemplo, que la *osadía* de enfrentarse con los más altos mandatarios de la religión, seguramente fue el detonante que le llevó al Maestro a morir en la Cruz.

¿Nos atrevemos a decir la verdad, pese a las consecuencias que ello pueda acarrear?

«Y Jesús le dijo: Yo soy (declaración de su deidad); y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo (reconocimiento de su majestuosidad)... Y algunos comenzaron a escupirle y a cubrirle el rostro y a darle de puñetazos, y a decirle: profetiza. Y los alguaciles le daban de bofetadas» (Mr. 14:62,65).

En estos momentos Jesús se encontraba ante el Concilio (la asamblea de los máximos representantes de la religión judía), y sometido a gran presión, les hizo una rotunda declaración, que como podemos observar le supuso un severo castigo, además de confirmar la decisión por parte del Concilio de condenarle a muerte.

Decir la verdad, pese a las adversidades que pudieran surgir, denota una postura de valentía que es muy poco habitual en nuestros días. Así vemos cómo el alcance de las valientes palabras de Jesús, determinó el comienzo de un doloroso camino hacia la cruz del Calvario... Siguiendo el modelo de Cristo, debemos confesar que los cristianos de hoy necesitamos una mayor valentía a la hora de defender las grandes verdades de Dios.

Nuestro Señor ya profetizó que el cristiano valiente tendrá problemas, y no es de extrañar que pueda ser rechazado hasta por los de su propia casa, incluyendo a veces también a su misma iglesia. Pero no nos dejemos afectar, porque al Maestro lo rechazaron primero, y no es el siervo mayor que su Señor.

Resulta muy fácil lavarse las manos, como lo hizo Pilato, en actitud de cobardía. En cambio, hay que ser valiente para denunciar el pecado (con amor), para señalar las injusticias (con verdad), para proclamar el juicio de Dios (con esperanza), para descubrir la hipocresía (con claridad), para anunciar el arrepentimiento (con entereza), entre otras manifestaciones de la verdad.

Aprendemos acerca de la gran valentía de Jesús, en éste y otros momentos precisos. De igual manera el discípulo de Cristo debe armarse de valentía, aunque a veces ponga en juego su propia integridad física; aunque vista la libertad de expresión, podría ser en los peores casos. Es menester defender la verdad con amor, pero a la vez con firmeza, en todas las ocasiones. No se puede quedar bien con Dios y con el Diablo...

Reparemos una vez más en la enseñanza del Maestro, porque decir lo que se piensa es *integridad*; pero, decir lo que se piensa, a riesgo de perder la vida, es *valentía*.

El creyente firme con su vocación cristiana, no puede pasar desapercibido en el anonimato de su propia cobardía, viviendo un cristianismo diluido en el completo absentismo. La fama se difunde, para bien o para mal. Y el rechazo, los insultos, el menosprecio, la ira contenida de los calumniadores, representará el pago injusto del cristiano bienaventurado que defiende la verdad con valentía.

Tal vez no entendemos bien la vida espiritual, porque los valores cristianos que no van acompañados de *valentía*, no poseen ningún *valor*.

En este punto, sucede que si la persecución de Jesús se produjo entre los de su propio pueblo, no parece insólito pensar que la mayor persecución que hoy puede experimentar un cristiano valiente, comience principalmente con los de su propia casa.

Todavía hoy encontramos creyentes fieles que no forman parte en el «sistema» de la religión oficial; sin embargo, mantienen su fidelidad a Dios, su valentía, su integridad... Pese a ser rechazados o menospreciados en muchos momentos de la vida, su fiel testimonio les hace ser poseedores del más alto rango de *profetas* valientes.

Podemos estar tranquilos, porque así como los profetas en el Antiguo Pacto, nuestro Señor sigue manteniendo hoy su remanente fiel. Y, definitivamente, nadie podrá hacer callar la voz profética de los verdaderos discípulos de Cristo.

La cobardía es la antesala de la incredulidad.

EJEMPLO DE DISCRECIÓN

A pesar de la fama (buena y mala) de Jesús, podemos señalar que en ningún caso incurrió en escándalos impropios, sino que guardó una sana discreción, manteniendo la adecuada compostura a lo largo de su ministerio. Así, Jesús mostró su tacto y diplomacia en las relaciones personales, sin perder en momento alguno ni un ápice de su integridad espiritual.

«...pero él les mando mucho que nadie lo supiese, y dijo que se le diese de comer» (Mr. 5:43).

Después de la milagrosa resurrección de la hija de Jairo (un hecho sobrenatural digno de todo reconocimiento), Jesús dio órdenes estrictas para que nadie lo supiese. Ciertamente podía haber recibido los honores propios de un milagro tan espectacular, y seguramente muchos le hubieran proclamado rey. Sin embargo, no era ésa la labor específica que venía a realizar en este mundo. La gloria de Cristo estaba reservada para el futuro.

Podríamos suponer, con toda lógica, que si hoy se están realizando verdaderos milagros de parte de Dios, la gente tendría que saberlo, puesto que el hecho sobrenatural ofrecerá mayor credibilidad a nuestro mensaje... De ser cierto este postulado, Jesús habría proclamado a los cuatro vientos todos sus milagros. Pero ésta no fue la tarea de Jesús, ni tampoco pensemos que es la nuestra. Es la Palabra de Dios la que produce fe para salvación, y no el milagro. Y aun cuando el milagro sea evidente, no parece muy oportuno declararlo a la ligera, ni mucho menos acompañar el suceso con bombos y platillos. Por ello, es mejor seguir el modelo de Jesús en humildad y discreción, y no buscar la gloria que el propio acto milagroso pudiera ofrecer: **«pero él les mando mucho que nadie lo supiese».**

Notamos que Cristo proclamó una salvación por fe, y no por vista; su predicación fue: «arrepentios y creed en el evangelio». Ciertamente Jesús podría haber utilizado el milagro para reafirmar su ministerio, pero sabía que la gente no se iba a convertir por ver ciertas manifestaciones extras. Además, no era ésta su misión. Igualmente podía haber exigido la remuneración de todo el bien que hizo con sus portentosas sanidades. A pesar de todo, el Maestro anduvo haciendo el bien sin esperar recibir ningún pago a cambio. Y teniendo presente los tiempos de Dios, quiso recalcar que su tiempo de gloria todavía no había llegado: ejemplo claro para todo discípulo suyo... En esto, Jesús no reclamó honor alguno, como tampoco exigió reconocimiento de sus obras.

Hoy parece ser todo lo contrario: primero se recibe el reconocimiento, y luego se practica el servicio. No debería de ser así, pues la gloria es sólo para Jesús, pues bien la merece.

Visto el ejemplo presentado, hagamos el bien que podamos, y no busquemos en ninguna forma los galardones, pues los tales están reservados en el cielo para aquellos que aman a Dios.

«Y descendiendo ellos del monte (de la transfiguración), les mandó que a nadie dijiesen lo que habían visto» (Mr. 9:2).

Después de la experiencia tan intensa que vivieron los discípulos en el monte de la transfiguración, lo más natural parecía contarlo a los demás, en un impulso o deseo de transmitir una vivencia con matices de eterna espiritualidad... Ahora, el mandamiento de Jesús fue bastante explícito, dando la orden de que no dijiesen a nadie lo que habían visto. ¿Por qué el silencio? Podemos imaginar que ante la historia contada, algunos no entenderían las implicaciones de dicha experiencia; otros, malinterpretarían las palabras; y tal vez serían varios los que rechazarían el mensaje. Por tales motivos, no podemos depositar nuestro tesoro en manos de cualquiera, porque seguramente muchos no alcanzarían a comprender el gran valor que realmente éste posee. Al igual que un matrimonio no puede proclamar todas sus experiencias matrimoniales, también en cierto sentido la intimidad con Dios es un tesoro reservado al ámbito privado.

Además, en este caso como en otros similares, se corría el grave peligro de que Jesús pudiera ser proclamado rey. Estamos seguros de que si hubiera tomado el cetro y así establecido su trono, con toda certeza la obra de salvación por medio de la Cruz, no hubiera sido posible. Con ello, el programa de Dios se habría incumplido, y en consecuencia nuestra redención hoy no podría ser efectiva.

Qué contraste tan patente con el ávido deseo de algunos por contar experiencias de orden trascendental, para impresionar al auditorio. La actitud del Maestro fue contraria, porque sabía de primera mano que la gente no se convierte por escuchar historias espiritualistas, aunque no obstante pudieran llegar a ser ciertas: **«les mandó que a nadie dijese lo que habían visto»**.

Por otro lado, visto en el sentido positivo, resulta recomendable compartir las experiencias que se devienen de nuestra relación con Dios. Es completamente lícito y además beneficioso, sobre todo para nuestros hermanos en la fe, exteriorizar las vivencias que como hijos amados gozamos con nuestro Padre celestial. Ahora bien, la disconformidad se produce cuando los deseos de transmitir tales experiencias conlleven una motivación egoísta, sean susceptibles de gloria personal, puedan causar desconcierto, interpretaciones erróneas, o confusión en otras personas. Con esta orientación, aprendamos del buen Maestro, y apliquemos la sensatez a la hora de expresar convenientemente el ejercicio de nuestra fe.

En lo que a nuestro proceder cristiano respecta, debemos buscar el equilibrio, manteniendo la discreción y huyendo de todo extremismo. Si somos especiales, no es necesariamente por las experiencias trascendentales que podamos contar a la ligera, sino por nuestra forma de ser, por la paz que alcancemos a transmitir, por nuestro mensaje diferente, por la bondad que muestre nuestro corazón, y esencialmente por el amor que logremos comunicar a los demás.

La discreción en la vida, es la sensatez del cristiano.

EJEMPLO DE SUFRIMIENTO

No está por demás traer a la memoria el sufrimiento que Cristo experimentó a lo largo de su vida, y en especial en el proceso que le llevó a la muerte, visto como ejemplo de amor sublime en el ministerio del Maestro. En este recuerdo, estamos obligados a poner un particular énfasis en aquellos momentos tan significativos, donde la entrega y muerte de Jesús en la cruz, representó la culminación de su amor manifestado de una forma verdaderamente práctica.

«Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle» (Mr. 15:19,20).

Recordemos que Jesús fue arrestado como un criminal para ser juzgado, y finalmente conducido a morir en la cruz, según la legislación romana.

Observamos en el texto, que antes de comenzar su camino hacia el monte Calvario, fue castigado duramente con una condena mucho mayor que la de los otros reos que le acompañaron en su muerte. Golpes, insultos, esputos, mofas, latigazos, además de la coronación de espinas, significó el pago de todo el bien que Jesús hizo al prójimo en el recorrido de su ministerio: **«y le sacaron para crucificarle»**.

A la verdad, aunque profundizáramos con un espíritu de erudita investigación, no alcanzaríamos a comprender el grado de sufrimiento físico y espiritual que Jesús pudo experimentar; tomar la copa amarga que contenía el juicio de Dios, no fue precisamente un trago fácil de beber. Con este espíritu de sacrificio, Jesús prosiguió su camino, pese a las consecuencias tan dramáticas que tuvo que aceptar para conseguir nuestra salvación. De tal manera bebió el cáliz de sufrimiento por causa de nuestros pecados, pagando un precio muy alto: su propia vida.

Es cierto que el sufrimiento de Jesús representa un claro modelo de entrega, obediencia y valentía, que en cierta medida todo cristiano debe seguir. Aunque, si bien, no añadimos nada a nuestra salvación, pues ésta es gratuita, ya que fue ganada por Cristo en la cruz. Sin embargo, visto el ejemplo, los principios de entrega, amor, voluntariedad, obediencia y valentía, que encontramos en esta obra inigualable, son realmente dignos de tenerlos presente para, como discípulos del Maestro, incorporarlos en nuestra vida cristiana.

Siguiendo el modelo presentado, podemos afirmar que todo aquel que quiera seguir las pisadas de Jesús, también se encontrará con un precio que habrá de pagar. Con todo, no sabemos donde está el límite de nuestro precio; sólo Dios lo sabe.

La pregunta surge sola: si Jesucristo pagó un alto precio por cumplir con el plan que Dios había diseñado para él, entonces, ¿qué precio estamos dispuestos a pagar para que también el plan de Dios se cumpla en nuestra vida?

«Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó» (Mr. 15:23).

Se sabe que el vino mezclado con mirra ofrecido a los reos crucificados, les proporcionaba un efecto analgésico que les ayudaba a contrarrestar el sufrimiento experimentado en la cruz. Pero, observamos cómo Jesús, estando en profunda agonía, rechazó aquel mejunje que momentáneamente podría haber reducido aquellos dolores tan intensos. Él no quiso beberlo, y con toda razón, porque para que no exista ninguna duda de la gratuidad de nuestra salvación, el buen Pastor asumió de forma completa el grado de aflicción que correspondía al pago de todos nuestros pecados.

Contrario al ejemplo del Maestro, no son pocos hoy los cristianos que quieren escapar de su destino, intentando compatibilizar el cristianismo con la vida de comodidad, sin estar dispuestos a beber ni una gota de la copa amarga de sufrimiento que conlleva ser discípulo de Jesús... En lo que atañe a nuestro vida personal o ministerial, aceptemos de buen grado los momentos de dolor que nuestro Padre celestial tenga programado para nosotros, en su permisiva voluntad; pues si Dios nos pone la prueba, también de manera conjunta nos da la *salida* para que podamos sobrellevarla, según reza la Escritura Sagrada.

Extrayendo la presente enseñanza, también los discípulos de Cristo deberán abstenerse de beber cualquier *ungüento* que haga tropezar su misión en la tierra, y por ende el cumplimiento estricto de la providencia divina; aun cuando ese *ungüento* pudiera reducir cualquier padecimiento momentáneo: **«mas él no lo tomó».**

No pretendamos huir del sufrimiento de manera ilícita, ya que éste forma parte del programa especial de Dios para cada cristiano fiel. Antes bien, el verdadero discípulo habrá de someterse a la guía del Espíritu, y seguir así con el plan divino.

«Dios mío, Dios mío, ¡por qué me has desamparado (abandonado, alejado, apartado de mí)!» (Mr. 15:34).

El término *desamparado*, expuesto en el versículo bíblico, denota el momento existencial más angustioso que nuestro buen Señor experimentó, es decir, el sufrimiento en su máximo grado de expresión a causa de nuestras iniquidades. El abandono que Jesús sintió por parte de Dios, es equiparable al más grave castigo que el pecador pudiera soportar en el infierno (lugar de desamparo).

Atendamos a la enseñanza, porque el gran «desamparo» que Jesús experimentó, no fue producido sólo por el dolor físico de los clavos, además del previo castigo que tuvo que soportar; como tampoco psicológico: por la vergüenza, el menosprecio, la burla y el odio de sus conciudadanos. Sino que, en esos momentos tan intensos, el alma de Jesús sufrió los látigos de la *condenación eterna*. La idea es bastante concisa: Dios cargó el pecado de la Humanidad

sobre su ser. Y porque Dios es santo, y no puede tener ninguna relación con el pecado, entonces tuvo que apartarse de su Hijo Jesucristo, siendo en esa condición donde Dios derramó su justicia divina sobre él. De tal manera Jesús soportó el justo Juicio de Dios en nuestro lugar.

Este ejemplo citado es imposible de imitar, en su significado más esencial, puesto que la obra de Jesús en la Cruz es del todo insustituible. Sin embargo, su entrega ejemplar siempre quedará impresa en nuestros corazones, como el mayor acto de amor que jamás hombre alguno haya mostrado a través de la Historia. Así, aquellos instantes tan especiales, nos servirán de modelo ejemplar para poder comparar, con el amor de Cristo, nuestro grado de amor hacia los demás.

Por otro lado, al igual que aconteció en el monte Calvario, aunque no en el mismo aspecto salvador, tal vez podemos sentirnos en ocasiones desamparados de la mano de Dios. Y es del todo lícito preguntarse el porqué. Pero no podemos desconfiar de nuestro buen Padre, pues así como ocurrió en la vida de Jesús, también los momentos de aparentes desamparos están incluidos en su especial destino para el discípulo de Cristo. De todas maneras Jesús fue desamparado por el Padre celestial, para que nosotros seamos amparados por Él.

«Mas Jesús, dando una gran voz, expiró» (Mr. 15:37).

Ésta fue la última expresión verbal de Jesús, después de sus terribles padecimientos en la Cruz. Con ella el Maestro acabó su labor en esta tierra, completando hasta la muerte la comisión determinada por el Padre. El gran gemido final de Cristo marcó la perfecta tarea ya completada, y finalmente no había más que añadir en la obra de la Salvación.

Reflexionando sobre aquella situación histórica, deducimos que la muerte de Jesús seguramente acabó con la esperanza de muchos. ¿Quién iba a creer en el mensaje de un crucificado? ¿Qué atractivo poseía un sentenciado a muerte y crucificado en manos de los romanos? El Jesús rey derrotado en la cruz (en apariencia), fue injustamente rechazado... De igual forma como le ocurrió al Maestro, muchos también verán a sus discípulos como personas derrotadas por la «religión». La cruz de Cristo sentencia a muerte a todo cristiano verdadero: a la muerte de este mundo. Con esta condición, la nueva vida triunfante se mantiene escondida juntamente con la vida del Maestro, y no para crearnos incertidumbre, sino para poder disfrutar de la poderosa vida de resurrección con él.

Atendamos a la enseñanza, porque el final de su ministerio representó el principio del nuestro. Por ello, hacemos bien en considerar lo más importante de nuestro paso por esta tierra, esto es, cumplir con el programa establecido por Dios, al igual que Jesús lo cumplió en su vida, hasta el final, hasta la muerte: **«Mas Jesús, dando una gran voz, expiró».**

Jesús murió habiendo completado la obra que el Padre le encargó. Y aunque como hemos afirmado, en ningún caso podemos morir por los pecados de la Humanidad, se espera que por lo menos no lleguemos al instante de nuestra partida, en el mismo lecho de muerte, a lamentarnos por no haber sabido aprovechar el tiempo y las oportunidades para servir a Dios, así como a nuestro prójimo. Estemos seguros, pues, de que aquello que va a prevalecer en la eternidad, por la gracia divina, es la labor que para Dios podamos hacer hoy.

Recibamos con solicitud la instrucción práctica del Maestro, y mantengamos una actitud valiente, para que habiendo acabado la obra que nos fue encomendada por Dios, sea ésta grande o pequeña, en el final de nuestros días podamos exclamar como Jesús: **«Consumado es».**

El sufrimiento en las manos de Dios, es el fruto de nuestra gloria futura.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí algunas reflexiones sobre el modelo de Jesús, expresado de forma concisa en algunos textos del evangelio según San Marcos; a los cuales tal vez sería conveniente añadir ejemplos de los otros evangelios, así como las referencias que se encuentran en Hechos de los Apóstoles y cartas del Nuevo Testamento, para de esta forma poder ampliar y engrandecer el trabajo realizado.

Aunque, si bien podemos aportar muchos más datos acerca de las aplicaciones prácticas obtenidas de la vida de Cristo, baste las reflexiones expuestas para que logremos apreciar el gran reto que supone seguir las pisadas del Maestro, que como bien hemos visto no pasan inadvertidas ante nuestros ojos.

Tal vez algunos pueden pensar que el ejemplo de Jesús parece inalcanzable, y que éste resulta en una gran utopía... De ser cierta esta premisa, estamos seguros de que los escritores bíblicos no hubieran presentado de forma tan explícita las recomendaciones para las iglesias, acerca de imitar el modelo de Jesús. Es verdad que la perfección de Cristo nadie la puede imitar. Pero, no obstante, siempre representará un testimonio seguro y permanente para tomar buena muestra, y seguir así los principios cristianos esenciales más éticos y prácticos.

Después de tantos siglos de Cristianismo, no podemos cambiar el llamamiento bíblico, pues sigue siendo el mismo: **«Dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1 P. 2:21).**

La verdad es que ya es hora de dejar de afirmar que somos cristianos, y *actuar* como si Cristo no habitase entre nosotros... Recapacitemos, porque los demás valoran sobre todo la forma de proceder, y por ello cada movimiento, por muy imperceptible que parezca, queda registrado en la mente de nuestro prójimo. Entre tanto, necesitamos tomar conciencia del ejemplo del Maestro; porque, sobre lo dicho, advertimos que la presencia de Cristo no se refleja en la vida solamente a través de las palabras bien predicadas, sino principalmente de los hechos que alcanzan a ser observados.

Seguramente que cuando consideremos lo difícil que puede resultar seguir a Jesús, por momentos nos invadirá un profundo sentimiento de incapacidad humana. Pero, cuando entendemos que el *poder* de Dios se perfecciona en la *debilidad* (2 Co. 12:9), entonces debemos admitir que, en último término, no depende de nosotros, sino del gran poder de Cristo. Efectivamente, nuestra insuficiencia es grande, y por tal motivo necesitamos ser partícipes constantemente de la gracia de Dios, de su fortaleza, de su amparo y guía, para de esta manera proseguir con fuerzas renovadas en nuestro a veces duro, pero satisfactorio camino hacia la eternidad. En tan digna labor, no olvidemos que la *carga* de Jesús es ligera y su *yugo* fácil (Mt. 11:30).

Como hemos visto, el propósito en la vida cristiana no consiste en las muchas o pocas obras que podamos realizar, sino en ser como Cristo. El mismo apóstol Pablo dijo: **«Vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gá. 4:19).** Comprendamos cuál sea la meta, puesto que la formación de Cristo en nuestra vida es la finalidad última de todo proceder cristiano, es decir, el objetivo es ser como Jesús, alcanzando así a vivir como sus verdaderos discípulos.

Recibamos la enseñanza en palabras del apóstol: **«Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gá. 2:20).** Una vez leído el versículo, entendemos que imitar a Cristo solamente es posible en la medida que su poder permanece en nosotros. No resulta válido copiar los aspectos superficiales del ejemplo de Jesús, que en cualquier caso modifiquen toda apariencia externa, si éstos no emanan de la vida que Cristo mismo imparte en nuestro corazón. En este aspecto, hay que permitir que el poder de su Espíritu logre cambiar nuestro interior, para que a su vez puedan verse reflejados visiblemente, y de forma adecuada, los aspectos prácticos que corresponden al modelo del Maestro.

La recomendación del texto sagrado no puede ser más explícita: **«El que dice que permanece en él (Jesucristo), debe andar como él anduvo» (1 Jn. 2:6)**. Si examinamos nuestra vida, en comparación con la perfecta vida de Jesús, no tendremos más remedio que humillarnos delante de Dios y, arrepentidos de corazón, confesar nuestra culpabilidad: por no hacer nada, no hacer lo suficiente, o hacerlo mal.

En esta disposición, debemos proseguir con la misión encomendada como discípulos de Cristo, fijando constantemente nuestra mirada en él: **«Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe...» (He. 12:2)**. Luego, con cierta frecuencia debería resonar en nuestra mente las siguientes preguntas: ¿Cómo actuaría Jesús hoy, ahora, y en cada momento de nuestra vida? ¿Qué diría Jesús o haría en la situación en la que me encuentro...? Las respuestas ofrecidas, contrastadas con la vida ejemplar del Maestro, nos indicarán aquello que debemos hacer o decir. En nuestra mano está el obedecer o por el contrario hacer caso omiso.

Estimado lector: Si has recibido la llamada para seguir a Jesús, no resistas al Espíritu, y considera bien la propuesta, porque ser discípulo de Cristo es la decisión más importante que podemos tomar en nuestro paso por este mundo temporal. Si ésta es nuestra determinación, no perdamos de vista el ejemplo del Maestro para poder seguirlo, pues nuestra labor se verá ampliamente recompensada cuando Jesucristo, el buen Pastor, regrese con poder y gloria de la Patria celestial para recoger a su amada Iglesia.

**«Porque uno es vuestro Maestro: el Cristo»
(Mateo 23:10)**